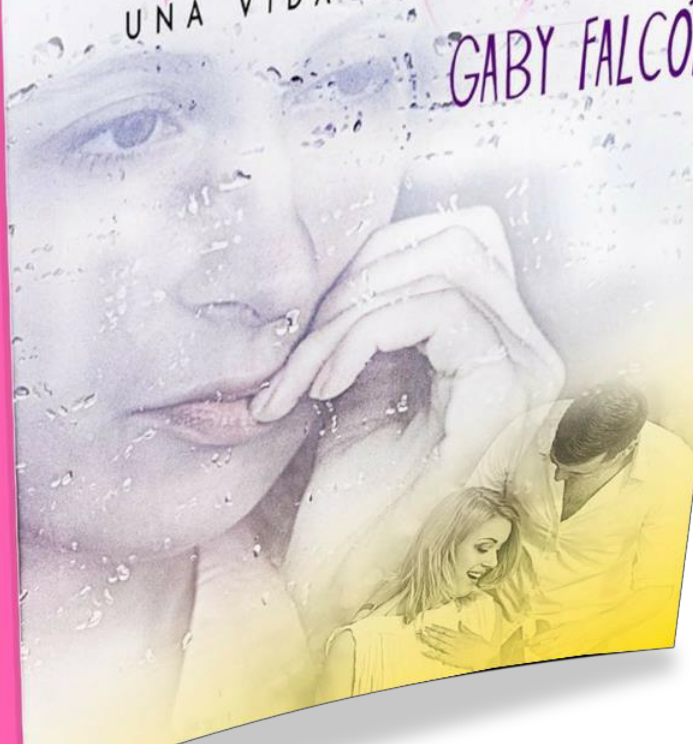


# Montse

UNA VIDA TRANSFORMADA

GABY FALCÓN



Gaby Falcón R.

# *Montse*

## *Una Vida Transformada*

Gaby Falcón R.



Copyright © 2015 Gabriela I. Falcón Romero

All rights reserved.

ISBN-10: 1515180689  
ISBN-13: 978-1515180685

Para comunicarte con la autora escribe a:

[gabyifr7@gmail.com](mailto:gabyifr7@gmail.com)

[www.librosgabyfalcon.mex.tl](http://www.librosgabyfalcon.mex.tl)

[www.facebook.com/librosdegabyfalcon](https://www.facebook.com/librosdegabyfalcon)

Todos los derechos reservados. Prohibido dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

## *DEDICATORIA*

**D**edico este libro a mi Amado Jesucristo por su gran amor e infinita misericordia, porque comenzó una obra en mí y no se detendrá hasta haberla terminado.

A mi mami que sin ella no sería lo que hoy soy y ha tolerado pacientemente todo mi caminar.

A mis hijas porque han demostrado que confían en mí, a pesar de los momentos más difíciles, pues saben que caminamos tomadas de la mano de Dios.

A cada una de mis hermanas y cada uno de mis hermanos que han sido mi soporte, cada uno con su especial amor.

A mis amigas de toda la vida, gracias por ser parte de mi vida.

Y por último a todas las mujeres que alguna vez se han sentido devaluadas y abusadas casi hasta perderse a sí mismas, para que esta historia las llene de esperanza, porque segura estoy que:

“Dios tiene algo especial para ti”

## *CONTENIDO*

### Dedicatoria

- I Diciembre 2005
- II Diciembre 1989
- III Diciembre 1990
- IV Agosto 1994
- V Mayo 2010
- VI Abril 2007
- VII Octubre 1995
- VIII Julio 2004
- IX Octubre 2006
- X Septiembre 2008
- XI Febrero 2009
- XII Diciembre 2005

# *I*

## *DICIEMBRE 2005*

Se tomó un tiempo en la mañana, para ver que había en esa bolsa de plástico rosa que bajó ayer de su closet, cuando sacaba el árbol de navidad y cuanta cosa navideña tenía, pero esa bolsa no la reconoció y la dejó a un lado de su cama.

Antes de entrar al baño para quitar de su cuerpo todas las toxinas mañaneras, se acercó a la bolsa, la abrió y en medio de recortes de periódicos, fotografías de sus hijas: bailables, la escuela, Santa Claus; estaba “su álbum”, es decir, “El álbum”... no cualquier álbum de fotos, sino uno muy especial.

Ya no recordaba que existiera, y menos que estaba en una bolsa de plástico “¿Cómo llegó allí?” En fin, allí estaba. Sus mejores recuerdos... ¡Su gran amor! Ni siquiera lo había abierto todavía y ya sentía nostalgia: “¡Ah, veintiún años... me amaba, lo amaba, amigos, universidad, belleza, sueños, juventud!” Soltó un profundo suspiro y lo abrió.

Muchas hojas no tenían fotos, pero no hacían falta porque las vivencias estaban dentro de Montse, pero tan dentro que las había olvidado. Estaban ocultas por el tiempo, la vida, los afanes, los ires y venires.

Todas las fotos que no estaban fueron arrancadas, no por

gusto, sino porque el matrimonio obliga a borrar un pasado que no puede, ni debe volver.

Se cree que al romper las fotografías de un gran amor, este desaparecerá por completo, como si nunca hubiera existido. Pero la verdad, es que esos recuerdos se afirman en el corazón cuando la realidad no es buena, y se convierten en esos espasmos inquietos que te vuelven a la vida, porque son la dosis de luz en medio de una terrible realidad.

Aquellos recuerdos después realmente se van esfumando sin que te des cuenta. La realidad los esfuma y veinte años después frente a un álbum amarillento, algo hace clic y todo vuelve a la memoria, cobra vida.

Esas fotos no existentes fueron borradas porque representaban el verdadero amor, el más profundo y sincero amor que nace en dos adolescentes. Esa especie de amor que no se da siempre, sólo puede suceder cuando dos corazones jóvenes e inexpertos, se unen y con el paso de los días se van haciendo uno.

Luego crecen y la necesidad de conocer más allá de lo cotidiano termina por separarlos, pero nunca se borra aquello que es parte de su ser.

Montse piensa en eso y se da cuenta que en su memoria sólo queda el recuerdo de esos dos jóvenes inventando, creando, construyendo...lo que nunca llegó a ser.

Montse se tenía que bañar, arreglar, dejar la casa en orden y salir corriendo a trabajar. La mañana es muy corta y tiene que darse prisa, pero ese álbum la detuvo en el tiempo, le detuvo la respiración, le detuvo la vida...

Tenía quince años cuando conoció a Darío, sólo quería conocerlo ¿Aquel chico guapo llegaría a ser su novio? ¿Cómo sería su primer beso?... Transcurrieron los días y cada vez quería más estar con él, hablar por teléfono y escuchar su voz. Ahora lo sabe, no sólo fue parte de su vida, era su vida.

Si piensa en amor, piensa en Darío; si piensa en un abrazo, piensa en él y ni hablar de los besos, sólo piensa en aquellos momentos a escondidas o en la sala de su casa, en el coche... Era el amor, no había trucos a esa edad. Era una entrega plena y sincera, sólo bastaba tomarse de la mano o verse a los ojos y ya era el uno para el otro. Sólo dos corazones que habían encontrado su lugar de reposo, la quietud, el silencio. Sin fronteras, sin trampas, sin estrategia, sólo el amor.

(...1986)

—¡Hola! Buenos días. —Era fin de semana en la mañana y apenas terminó de desayunar y llamó por teléfono a Darío.

—Hola, ¿ya desayunaste? —le preguntó Darío, porque realmente no tenían nada especial que decirse, se llamaban sólo para escucharse.

—Ya, apenas terminé ¿Y tú?

—No, me acabo de levantar.

—¿Por qué no vienes, aquí te invito algo? Luego a ver qué hacemos.

—No sé Montse, ayer llegué tarde de tu casa y si le digo a mi mamá que ya voy otra vez a tu casa, no le va a gustar.

—Bueno como quieras. ¿Por qué no le preguntas y me llamas?

Más tarde llegó Darío en bici a la casa de Montse y ella le invitó algo de almorzar, luego vieron la tele, escucharon música y salieron. Se subieron al carro de Montse para visitar a sus amigos.

—Mis papás van a salir y no los quiero acompañar ¿Te quedas conmigo a comer Darío?

—Sí ¿Compramos algo?

—No, en mi casa hay comida, calentamos lo que encontremos ¿te parece?

Ese día decidieron comer en la terraza porque la vista al campo de golf era muy fresca. Acomodaron la mesa con mantel, platos, cubiertos, tomaron vino blanco (porque no estaban los papás) e incluso llevaron velas, pero hacía tanto aire que no las pudieron encender. Se reían juntos.

No era un día especial, pero ellos en cuanto había la oportunidad, hacían de cualquier momento, algo especial. Encendieron la música y se quedaron escuchando a Whitney Houston.

Al anoecer, subieron la bici al carro de Montse para llevarlo a su casa.

—Adiós, mañana te llamo —dijo Darío antes de bajar del carro.

—No te vayas todavía —comentó Montse— dime ¿qué hacemos mañana?



—No sé, tú dime ¿Qué quieres hacer?

—¿Vamos a dar la vuelta a Guanajuato?

—Pero ya en la tarde, para que mi mamá no me diga nada.

—Está bien. Oye ¿te gustó la comida?

—Sí, ya me voy. Tengo que meterme, ya es noche y no me gusta que regreses sola.

—Está bien, hasta mañana.

(... 2005)

Así lo recordaba, Montse se había forzado a desaparecer todos esos recuerdos, borrarlos para no desfallecer, para no ver lo que había perdido, para no hacer tan dolorosa la realidad a la que ella se había encaminado. Un día tomó la decisión y cambió su destino hacia un lugar de desolación.

Al recordarlo sintió un golpe en el alma que le quitó las fuerzas, se aferró al álbum y comenzó a llorar, no podía entender qué fue lo que realmente sucedió, se calmó un poco y lo hojeó con más calma.

Las fotos que allí estaban le mostraban una Montse que hacía mucho tiempo no veía, es decir, no recordaba esa parte de ella misma que se veía reflejada en las fotografías, esas imágenes le quebrantaron, sentía que cada parte de su ser se tensaba tanto que volvió a llorar, no podía ver las fotos sin dejar de llorar.

No sé, quizá nostalgia, pero no era algo que se anhela tener porque la vida pasa; quizá el recuerdo de algo que no pudo ser, pero tampoco era el dolor de un recuerdo porque ese dolor resulta ser superficial y sólo basta cerrar el álbum.

Más bien fue un encuentro, fue un gran encuentro. Y es que cuando se pierde algo muypreciado y luego se encuentra, sucede que el corazón rompe en llanto porque recuerda que lo extrañaba, recuerda que vivía el vacío de no tenerlo, se reconoce el dolor de una pérdida. Al encontrarlo y recuperarlo, se aprecia más e inevitablemente uno llora.

Esas eran las lágrimas de Montse. Cuando se pierde algo que te pertenece y que es de gran valor, ese algo que si no tienes parece que no puedes respirar, ese algo que conduce tu vida y le da sentido, es como si te dividieras en dos y vas por la vida con una llaga profunda que no alcanza a cicatrizar y te vuelves vulnerable, pero tienes que seguir y respiras profundo y levantas murallas, borras los recuerdos y ya no eres la misma.

Ver “el álbum” fue recordar todo lo perdido, pero no sólo perder la juventud, no sólo perder amigos de la universidad, no sólo perder ese gran amor, porque la vida pasa y es ley avanzar y dejar cosas atrás.

Para Montse, ver su rostro a los veintiún años, ver el brillo de sus ojos y ver lo que en realidad Dios había creado para un propósito, que definitivamente no se había cumplido todavía; todo eso la llevó a darse cuenta que se había perdido a sí misma... perdió su esencia y con ella perdió el rumbo, perdió el sentido de su ser y ese divino plan para lo que fue creada. Había perdido el mapa y por lo tanto perdió el tesoro.

Se vio en esas fotos con un espíritu fuerte y un alma valiente, se vio y se encontró. Fue un reencuentro importante, casi podía escuchar la voz de esa joven en las fotografías diciendo: “¡Levántate! ¿Qué hiciste? Eres la misma, con la misma naturaleza ¡Sacúdete y sigue adelante!”

La vida de Montse posiblemente fue muy dura, pero ¿comparada con qué? Esa no es una excusa, ahora ve los ojos de esa joven y no se reconoce, pero ve su rostro en el espejo y tampoco se reconoce. Porque ya no es la chica de veintiún años, pero sí es la esencia de ella, los sueños perdidos los lleva dentro, no se han extinguido, respiran.

¿Qué acaso no son los sueños el timón de la vida? O quizá el viento. Los sueños son también un faro a donde queremos llegar. De lejos parece una luz pequeña, pero si no la perdemos de vista y navegamos derecho y hacia adelante, en medio de tormentas o mucha calma; siempre con la mirada puesta en la luz, entonces, sin perderla de vista seguro llegaremos. En la medida que nos acercamos, la luz va creciendo, se va haciendo grande y también las dificultades, hay más oleaje.

Al final veremos la luz del faro iluminándonos completamente y sabremos que hemos llegado. Seremos más fuertes, con más brillo, más puros como se pule un diamante o como se afina la plata.

Pero no fue así con Montse, ese faro, esa luz la perdió porque a media navegación viró hacia una dirección contraria. Se perdió en el inmenso mar de dificultades. Pero hoy al ver ese álbum, el faro apareció, ella lo pudo ver, alzó sus ojos y allí estaba la luz.

Ahora, al verse frente al espejo sabe que no es el reflejo que allí ve, sabe que no es esa mujer que está frente a ella porque no hay brillo en sus ojos, puede ver una mujer cansada y no por la edad; ve una mujer débil, abatida y si fuera posible, seguramente estuviera tirada en su cama con la cabeza sumida bajo la almohada.

—¡Esa no soy yo! —gritó Montse en su interior.

Reconoce que no puede volver el tiempo atrás, pero al verse en el espejo sabe que la esencia de esa joven aún vive dentro de ella; quizá muda, quieta, tal vez amagada y asustada. Y en el espejo se refleja una mujer que no conoce, que nunca quiso llegar a ser.

—Con toda la fuerza que pude reunir, un día, cambié mi destino —se hablaba a sí misma frente al espejo—, esa fuerza que se alimentó de coraje y despecho al descubrir el engaño me sirvió para echar fuera de mi camino, todos los escombros del derrumbe de la traición. —Algo crecía en su interior, Montse se hablaba como trayendo a memoria la fuerza que realmente había en ella—. Pero hoy decido tomar esa misma fuerza para construir una vida nueva, la original, la que estaba escrita desde un principio.

Un ímpetu invadió su ser, era como si las cadenas que la habían tenido presa cayeran desmoronándose. —Aquella joven de las fotos ya no puede volver, pero sí puedo tomar su fuerza natural y comenzar otra vez. —cerró sus ojos, respiró y sintió en ella la libertad.

Al abrirlos, vio el álbum, las fotografías frente a ella, y su imagen reflejada en el espejo le volvieron a la realidad, pero ahora su pensamiento había cambiado, algo la llevó a sentir

una fuerza renovada dentro de su ser: Se había perdido, sí ¡Cuánto tiempo perdido! Pero ahora tiene vida y la oportunidad de comenzar otra vez, siempre que lata su corazón y respire, existe la oportunidad de renovarse y comenzar de nuevo.

Esa manera de pensar le animaba, ella tendría que quitar las vendas del dolor de un pasado que la dañó profundamente, las vendas de un carácter que la arrastró a vivir como una víctima en lugar de decir: ¡Basta!

Esas mismas vendas que no la dejaban verse a sí misma como una persona valiosa y no la dejaban avanzar porque la tenían atada. Pero ahora sabe que esas ataduras ya no existen, estaban en su mente y al ver todo claramente, las vendas caen y ahora puede seguir adelante hacia un nuevo destino.

Así que decidió tomar el baño que tenía pendiente y luego desayunaría porque necesitaría fuerzas para emprender el viaje de regreso, tenía muchas cosas que planear y muchas cosas por comenzar.

Recordó la fotografía donde está junto a sus hermanas. — Me veo tan segura y firme ¿cómo retomar el camino? —pensó porque sabía que siempre había valido lo mismo, incluso ahora, al encontrar su esencia, reconocía que su valor no había cambiado.

Más o menos a los veinte años una persona alcanza la plenitud de su fuerza creativa, y comienza a dar pasos reales hacia donde creé que será el principio del logro de sus sueños, es aquí donde los errores pueden pagarse muy alto, es aquí donde comienza el camino de vida o el camino de muerte y es

aquí donde Montse decidió darle la espalda a la vida y encaminarse hacia la muerte, pero en ese momento no lo sabía.

## *II*

### *DICIEMBRE 1989*

Justo como eran esas estrellas de rock que parecían tan libres, rebeldes y en contra de todo parámetro social: Pelo largo, castaño y crespo, peinado en una coleta, pantalones de mezclilla rotos por todos lados, camisa larga y muy grande abierta hasta el ombligo que permitía ver su pecho varonil, un arete en forma de espada de pirata en el oído izquierdo. Ojos redondos y con grandes pestañas se clavaron en ella con una mirada tan penetrante que sentía que le iba a traspasar el alma.

Era la boda de su hermana, la fiesta tomaba lugar en una casa en la playa, así que se disfrutaba de un clima cálido y acogedor a las nueve de la noche. Desde donde se instalaron las mesas se apreciaba una vista incomparable.

El cielo completamente oscuro se iluminaba con la multitud de estrellas que sólo pueden verse en diciembre, a lo lejos la bahía de Acapulco se dibujaba con la variedad de luces

que parpadeaban emanando suficiente luz para reflejar el mar en donde se distinguía algún velero, las luces de un yate o alguna lancha.

Todo aquello se pintaba a los pies de los invitados que deambulaban en aquella terraza en donde la fiesta tenía lugar. Con vestidos y trajes de etiqueta, las personas presumían lujo y distinción disfrutando de los manjares que se sirvieron esa noche.

En medio de todo el bullicio Montse podía sentir de vez en cuando la mirada de aquel joven que estaba rodeado de mujeres en su mayoría y algunos varones que habían quedado absortos por su plática.

Ella permanecía sentada junto a Darío, el hombre que amaba, con el que había crecido y con el que tenía planes futuros; sin embargo sentirse observada por un chico tan interesante, diferente, polémico y atractivo le movía el piso que siempre había sentido estable. Saber que a su lado había seguridad... vio a Darío detenidamente, lo vio de diferente manera, entró en sus ojos profundamente y se dio cuenta que en realidad ¡era el amor de su vida! Nada podía cambiar.

Esa navidad Montse recordaba aquella mirada penetrante viéndola por en medio de la gente y le perturbaba, había entablado un par de palabras con ese chico, Josué, realmente tenía algo especial, era diferente. En realidad era un chico de mundo que le volcaba el corazón y la hacía soñar más allá de la rutina, más allá de una provincia, más allá de un círculo social, más allá de los límites de todos los límites. Montse siempre bien cuidada, bien portada y muy, muy limitada. Pero aquello era sólo una fantasía falsa, pues en realidad Darío era el dueño

de su corazón.

Lamentablemente, sucedió lo inevitable en una relación que comenzó a temprana edad. Habían pasado seis años de noviazgo, se conocían totalmente, se adivinaban las palabras, se comunicaban con una simple mirada porque entre ellos había complicidad, habían crecido juntos, día a día juntos... y de pronto Montse descubre que Darío sale con otras mujeres, se divierte con otras mujeres, se besa con otras mujeres.

Tal vez sus ojos verdes, o su pelo negro, quizá su cuerpo delgado y fuerte, tal vez su forma de ser tan educado y divertido, siempre atento, es que provocaron que mujeres de todo tipo y todas edades lo asediaran, verdaderamente esos ojos arrebatában suspiros.

Tal vez la fuerza de la costumbre, la juventud e inmadurez, provocó para ambos el deseo de voltear su mirada a otras personas. Se pertenecían, se sabían uno, pero la rutina a corta edad... ambos se dejaron llevar por el deseo de la aventura, lo novedoso, algo diferente.

Esa misma inmadurez provocó que Montse no resistiera la traición. Se le rompió el alma, no podía tolerar sentirse engañada. Muchas amigas lo habían visto con otra chica y eso hizo añicos el corazón que le había entregado desde los quince años. Todo su cuerpo, su alma y espíritu sentía un profundo dolor, su mente no concebía la idea, era un sentimiento tan agudo que no era capaz de soportar.

—Montse, tengo que hablar contigo. —Le dijo Erika estando en su departamento, era en donde vivían para estudiar la universidad. Era un departamento que don Arturo había comprado para que Montse, su hija, viviera en León y el fin de



semana regresara a Irapuato para visitar a la familia. Montse compartía el departamento con sus amigas Erika, Pili, Gloria y Carmen. Ese día al entrar al departamento, vio muy seria a Erika, se sentó a la mesa con ella y le dijo:

—Sí dime ¿qué pasa, es algo grave verdad?

—Pues la verdad sí Montse. —Contestó Erika y se levantó de la silla—, espérame un poco, ya vuelvo, —fue a su cuarto para traer su lima de uñas, luego comenzó a limarse. Montse sólo la observaba muy atenta.

—¿Qué pasa Erika, ya dime? —En ese momento llegó Pili y también se sentó con ellas—. Me están asustando —dijo Montse.

—No sé cómo decirlo, es muy difícil... ¿Cuánto tiempo llevan de novios tú y Darío?

—¿Qué tiene que ver? ¿Es algo de Darío? ¡Ya dímelo! —dijo alzando un poco la voz.

—Es que este sábado fui con Manolo a bailar a Galerías y vi a Darío con una chava, se estaban besando.

Montse se tapó la cara con las manos, sentía que la cabeza le daba vueltas, se levantó de la silla, fue a su habitación y luego regresó. —¿Cómo sabes que era él?!

—Tranquila Montse, me cercioré. Hasta Manolo y yo caminamos por allí cerca para verlo bien, y sí era.

—Le voy a preguntar, sinceramente no te creo.

—Como quieras, pero de todas formas yo soy tu amiga y

tenía que decírtelo. Me dolió mucho darme cuenta que en realidad era él. Manolo y yo te queremos y no podemos permitir que Darío te vea la cara de esa forma. —Erika sonaba tan convincente que Montse trató de calmarse, pero la respiración la tenía muy agitada y apenas podía hablar.

—Cuéntame bien, dime cómo iba vestido. —Se volvió a sentar para escuchar y Erika le contó todos los detalles. Montse rompió en llanto.

—Creo que Lety también lo vio en otra ocasión. —dijo Pili muy suavemente.

—¿Qué?! ¿Qué dices? O sea que... ¿no es la primera vez? —gritó Montse saliendo completamente de sí misma.

—Bueno, no estoy tan segura. —contestó Pili.

—Tengo que ir a la casa de Lety. —Se levantó y salió inmediatamente.

Todo era confirmado, sus amigas la veían como se desmoronaba toda ella, sus sueños, sus planes... todo se fue... se fue para siempre su gran amor.

Darío estaba desesperado, le trataba de decir que eso era una mentira, pero Montse no le escuchaba porque no le podía creer, todo parecía tan claro. Las circunstancias apuntaban a la infidelidad de Darío. La buscó una y otra vez, le llevaba flores, serenatas, pero el corazón de Montse había quedado destrozado.

Llena de orgullo, dolor y despecho, nunca más abrió su corazón, ni sus oídos, ni sus ojos, ni la razón.

Salió de viaje un tiempo para recuperarse, pero sentía un gran vacío, necesitaba volver a él, necesitaba sus brazos, su voz, su ternura... pero no podía confiar. Y es en este momento, bajo estas circunstancias que Montse tomó aire, se revistió de orgullo y cambió su destino.

Necesitaba encontrar a Josué, le había dado su teléfono, esa mirada profunda salvaría su dolor. Ese chico rompía todos los moldes así que él sería capaz de romper todo lo que ahora le hacía tanto daño, Montse necesitaba salir corriendo del dolor.

Josué vino a trabajar un tiempo a León, donde Montse estudiaba, así que comenzaron a salir. La primera vez la invitó a cenar, fue todo un caballero, digamos un “don juan”, platicaba de sus aventuras, de todo lo que conocía y lo que había viajado, seleccionó el mejor platillo para Montse y le sugirió acompañarlo con vino tinto, así que pidieron una botella.

Después la invitó a un bar para brindar por esa feliz reunión, pero allí estaba Darío. Montse se aferró al brazo de Josué y sintió que la venganza era muy dulce al ver su cara y pensó “ahora que se vaya a buscar a sus noviecitas porque yo ya encontré algo mejor”.

Cuánta soberbia, con toda ella revestía su dolor y despecho porque aún con los ojos más grandes y penetrantes de Josué, no era posible borrar la comunicación profunda que existía con Darío, sus miradas se encontraron y por breves instantes se mostraron su amor y sabían que sus corazones eran añicos.

—¿Quieres que vayamos a otro lugar? —preguntó Josué y Montse contestó,— Claro que no, por qué tendríamos que

irnos.

Así que esa noche Montse vivió una divertida borrachera con el hombre más emocionante y conecedor de la vida. Pero en realidad nada podía ahogar su verdadero sentimiento, ese gran dolor. A partir de allí, ya nada los podía detener, Montse en verdad estaba desatada. Era una diversión tras otra, siempre bebiendo, siempre rompiendo límites. A los diez meses de relación con Josué ella ya quería irse de su casa, dejaría todo por él.

Montse estaba tan cegada que no podía reconocer sus verdaderos sentimientos, la ira, el despecho y hasta la venganza y su orgullo la conducían a comportarse de esa manera tan fuera de control. Todo lo que había construido con Darío quedó hecho polvo y todos esos años juntos, sueños, planes... los momentos, cada sonrisa, cada vez que se habían tomado de la mano y cada frase “siempre tuya” se habían echado al piso. Resultaba tan doloroso que Montse decidió borrarlo todo, con una conducta casi neurótica.

Nadie la reconocía, muchos de sus amigos se alejaron, casi todos. Ya sólo contaba con sus amigas de la prepa Lety, Vanesa, Raquel y Sofía. Ellas la convencieron de hablar con sus papás para que le permitieran casarse porque ella estaba decidida a fugarse con él. Don Arturo, su papá, le había prohibido siquiera hablarle al “tal Josué”, era hijo de uno de sus conocidos y sabía que era una fichita. Ahora Montse quería casarse con él.

Al año de haberlo visto por primera vez en aquella fiesta en Acapulco y con once meses de noviazgo. Se casaron ¡Qué boda! ¡Qué desastre! La cita era a las seis de la tarde, en diciembre siempre anochece temprano y ellos planearon

casarse con el atardecer. Lo cual nunca ocurrió porque el juez que iba a officiar la ceremonia civil, nunca llegó. Se le llamó a la juez de Salamanca, esta ciudad vecina que estaba a sólo quince minutos de donde se llevaría a cabo la boda. Pero la mujer había tenido un accidente a caballo y tuvieron que esperarla hasta las nueve de la noche.

Todo estaba en contra, era muy claro, no debían casarse. La gente estaba muy inquieta, Josué muy alcoholizado y Montse en “shock” no podía pensar en nada. Ya para este día Josué la tenía completamente dominada. Dio la orden de que nadie hablara con ella, ni su familia, ni sus amigas y entonces ella dijo: “está bien, es mejor porque no quiero ver a nadie.”

Al transcurrir la ceremonia aquello parecía un entierro, todos, pero cuando se dice todos, es porque no faltó ninguno que sintiera gran pena y tristeza por este casamiento. Muchos lloraron.

### *III*

#### *DICIEMBRE 1990*

Al despertar, después de la primera noche de bodas, Montse sintió la más profunda soledad y un vacío enorme dentro de sí. Ahora era real, había un rompimiento abismal entre su mundo, lo que ella era y había conocido, donde había

crecido: costumbres, educación, cultura, creencias, religión. En fin, toda su esencia quedó frente a ella sin poderla alcanzar.

Era como ver partirse la tierra en dos en un gran terremoto y entonces una misma calle queda dividida en dos por una zanja profunda, se pueden ver las casas de enfrente, pero ya no se puede llegar a ellas. Allá, del otro lado, estaba su verdadero ser, junto con la familia, amigos, aquel lugar donde solía reunirse con sus amigas a platicar, las calles que recorrió una y otra vez viendo la misma gente pasar y que eran parte de ella. El atardecer rumbo a su casa, las estrellas del jardín en la ventana de su cuarto en donde recibió tantas serenatas de Darío... todo quedó enfrente sin poderlo recuperar, así lo había decidido ella. Entonces dio la vuelta y dejando todo atrás se aferró al que ahora era su marido y por eso su luna de miel fue una gran borrachera.

El primer día que se presentó a trabajar junto a su esposo en el puesto de amuletos y talismanes, donde se leían las cartas y se hacían limpias, fue en la feria de León. Sus conocidos pasaban por allí como por un zoológico solamente para verla en ese puesto de brujería; a ella que era una niña bien, ahora con los brujos. Montse no cuestionaba nada, sólo se repetía a sí misma “este es mi esposo ahora y aquí voy a estar”.

Su corazón se endurecía, pero su ser interior se debilitaba, la soberbia revestía su dolor una y otra vez. Se convertía en esclava de las circunstancias cada vez más. Su nivel de tolerancia aumentaba, entonces permitía todo con tal de no volver atrás.

Montse desapareció, se esfumó y en su lugar quedó una mujer sin valor aparente, sin voluntad, sin poder decidir

siquiera que opinar o que decir. En lo más profundo de su corazón sabía que Josué era un hombre noble y lleno de amor, un hombre tan lastimado y rechazado que lo que todos veían era la máscara de protección que se fabricó para que nadie lo dañara más.

A pesar de todo, él también se aferró a Montse como a la única persona que le reflejaba el verdadero amor. La única que veía en él lo que ni siquiera él podía creer de sí mismo. Ella podía amarlo a pesar de todo y de todos, a pesar de él mismo.

Josué no sabía entregarse porque no conocía el camino de dar. Sabía toda clase de trucos y engaños, sabía cómo embaucar a las personas, eso era un arte para él y además era maestro. Hombre carismático y con un gran don de palabra. Pues, como son todos aquellos que saben engatusar, timar y desplumar al mejor postor. Ahora se había casado con una niña bien y su suegro era muy rico, el plan era muy bueno, tendría la vida resuelta y como Montse hace todo lo que él dice, pues ya todo era ganancia.

No sabía que finalmente se iba a enamorar de esa mujer, era tan especial que lo desarmaba, podía caer rendido a sus pies, pues con todo el amor y la ternura que le daba, toda su comprensión y toda clase de cuidados que jamás había tenido, él se debilitaba ante ella, pero no lo podía permitir, nadie podía penetrar a su interior, así que la alejaba con todas sus fuerzas y se ponía bien borracho, la humillaba delante de la gente, y la dominaba para no ceder ni un centímetro de sí mismo.

Nadie lo podía amar, no se lo permitía porque quizá estaba convencido de que no era digno de amor. El abandono de su padre físicamente y el abandono de su madre emocional;

la destrucción de su familia cuando él apenas tenía seis años, lo descompuso para siempre.

Montse toleraba y con toda su calma soportaba el dolor, pero muchas veces estallaba y se iba, abandonaba todo y él tenía que ir por ella una y otra vez. Eso lo desequilibraba más aún porque lo único que sentía suyo y lo único que le daba motivo para seguir adelante era cuidar de ella, aunque tenía que estar alejándola.

Se aferraban a lo único que tenían y trataban de contener en sus manos un matrimonio que no era. No eran una pareja porque no había más disparidad que verlos junto. No caminaban hacia un mismo fin, sólo caminaban para pasar el día a día en medio de enojos, reclamos, borracheras, crudas.

No estaban construyendo nada, más bien se destruían uno al otro sin tener la conciencia para detenerlo. Lo único que salvaba la relación eran los momentos en que él bajaba las alas y se dejaba amar y la amaba. Se podía decir que en algunas ocasiones vivieron un profundo amor. Esos momentos pasaban como la luz de un flash que alumbraba un momento y queda plasmado para siempre, pero en realidad es sólo un instante.

(... verano 1991)

—Josué después de comer tengo cita con el camarógrafo para grabar el segmento de la cápsula informativa. —dijo Montse desde el mostrador del negocio. No había gente porque ya iba a ser la hora de la comida y las citas que Josué programaba ya habían terminado.

—Ven, siéntate ¿Con quién vas? —preguntó Josué desde la oficina que estaba al fondo de la tienda, era donde daba sus



consultas de lectura de cartas, trabajos, limpias, consejos.

—Voy con Manuel, es el camarógrafo que me asignó Hugo.

—Hugo no sabe nada, será el jefe de producción, pero vale madres, es un idiota. ¿Qué vas a grabar?

—Vamos a ir al mercado para hacer algunas tomas de las hierbas que se pueden usar en las recetas que se van a dar de herbolaria. Además Manuel es bueno en lo que hace.

—¿Sí? Muy bueno ha de ser que vas muy contenta.

—Por favor Josué, no empieces con sus cosas, ¿Por qué no nos acompañas? Tú tienes buenas ideas.

—A las cinco tengo una cita, no me daría tiempo. Bueno ya son las tres, ya vámonos. —Cerraron el negocio y se fueron a las pizzas.

Montse muy rara vez preparaba comida porque salía de clases de la universidad y llegaba por Josué al negocio, de allí se iban a comer. El volvía a trabajar y ella se iba a la televisora local donde era la productora del programa que conducía Josué: “Un Mundo Mágico”.

—Vámonos este fin de semana a Puerto Vallarta, necesitamos unas vacaciones. —dijo Josué.

—¡Me encantaría! Pero mejor espérame a que termine las clases, salgo de vacaciones hasta el otro lunes. ¿Y si nos vamos una semana?

—Pues no estaría nada mal. Mira dejamos grabados los segmentos y los programas, cerramos el negocio y nos vamos.

Avísale a Hugo que los programas van a ser grabados para la próxima semana y lo que resta de esta semana nos ponemos a grabar. ¿Puedes editar en las tardes?

—Sí. Me voy quedar hasta tarde, te aviso para que no empieces con tus cosas ¿eh?

Así eran Montse y Josué, se les ocurría algo y lo hacían, sobre todo tratándose de viajar algún lugar, tomaban descansos muy frecuentemente, pero el resto del tiempo Montse trabajaba y estudiaba y Josué vivía trabajando.

Una semana después...

—Nada como estar tirados en el sol. —comentó Josué.

—Esto es vida. —dijo Montse— Tenemos que comprar zanahorias para tomarnos un jugo cada mañana, dicen que así el bronceado te agarra en tono café.

—Después de comer nos vamos a la playa y más tarde compramos lo que vayamos a ocupar toda la semana. Ve haciendo una lista. ¿Dónde quieres comer?

Siempre que iban a Puerto Vallarta llegaban a la casa de vacaciones de don Arturo, que muy a disgusto se las prestaba, ya que nunca le cayó bien Josué, pero como decirle que no a su querida hija Montse.

Este conflicto con la familia lo cargaba Montse y le dolía el corazón. Ninguno de sus hermanos, ninguno de sus amigos, ni sus papás, ni nadie quería a Josué, pero ella vivía poniendo su atención sólo en lo bueno que vivía con él, como ese viaje o trabajar juntos.

Montse sentía que a pesar de muchas situaciones en contra, Josué sacaba de ella la parte más creativa, él tenía la capacidad de hacer de ella una persona independiente y capaz.

—¿Por qué no organizas un curso en este lugar?, ¿Te gustaría? —preguntó Josué a Montse, porque la conocía y sabía que al preguntar su opinión, lograría que su papá les prestara la casa.

—Mmmm... ¿curso de qué? —contestó ella.

—Algo como naturista, mira piensa en un fin de semana donde se den meditaciones, alimentación especial, pláticas. ¿Tú crees que don Arturo nos preste la casa?

—Pues, hay que planearlo bien y tal vez si le digo con tiempo, con suerte nos diga que sí. Hay que decirle que le pagamos la renta de la casa, claro que no lo que realmente cobra por noche, pero una cantidad considerable. Tal vez si se lo propongo así, hasta me diga que no le pague nada.

—Tú arregla eso, yo lo anuncio en el programa y nos traemos un grupo. Ve haciendo un buen proyecto.

—Josué...

—¿Qué?

—Cuando estamos así... pienso que realmente podemos estar bien siempre... ¡Ya no tomes!

—No empieces, arruinas todo. Yo controlo perfectamente lo que hago. —Se levantó y se preparó otro clamato con vodka.

Se hizo el silencio, porque Montse realmente no quería

romper esos momentos de tranquilidad, hasta parecía que podían ser un buen matrimonio.

“¿Qué pasa con Josué? Apenas ve la felicidad enfrente y la destruye. Ojalá dejara de tomar”, pensó, pero ella sabía que era algo que no podía controlar ni él, ni ella, ni nadie.

Por la noche fueron a cenar, luego a un bar, más tarde a una disco, después se amanecieron en otro bar que daba a la playa. Josué era muy divertido para hacer amigos, la gente lo seguía porque era carismático, siempre llegaban solos y terminaban rodeados de amigos. En medio de tremenda borrachera Josué les decía cosas como: “Tu novio está saliendo con otra”, o “Tu mujer sospecha que le pones el cuerno”, “Esa enfermedad que te atormenta, muy pronto se va a desaparecer.” A las personas les gusta saber cosas del futuro y él los enganchaba con esas frases, luego les repartía su número telefónico y así ganaba más clientes.

Montse podía ver el talento de un líder natural, veía como Josué podía dirigir a las personas y ellos quedaban felices. Era vendedor de ilusiones y repartía felicidad. Hacía sentir a las personas especiales y diferentes por eso le seguían, pero en medio del alcohol, no era posible que resultaran cosas del todo positivas.

—¿Qué haces? ¡Te escuché invitándola a salir! —gritó Montse a Josué que hablaba con una mujer desconocida y claramente le coqueteaba.

—¿Qué pasa Montse, qué haces? —la trató de calmar.

—Siempre haces lo mismo. —Le soltó una cachetada y luego se dirigió a la mujer—. Él es mi esposo ¿te lo dijo?!. —Se

dio la media vuelta y se fue.

—¿A dónde vas Montse? —La alcanzó— Ya es de día, mejor vámonos ¡Cálmate! No le estaba diciendo nada. —Trató de tranquilizarla, pero ya los dos ebrios, no era posible que se comunicaran adecuadamente. Montse dejó el lugar y se fue en taxi a la casa.

Así hubieran pasado toda una vida, viajando, bebiendo, peleando, destruyendo y caminando sin sentido, sólo por vivir.

La primera vez que Montse decidió dejarlo, fue cuando todavía estaba estudiando la universidad. A Josué parecía no importarle nada de la escuela de su esposa, él trabajaba y se iba de parranda con sus amigos.

Hubo una noche, ya era de madrugada, Josué no había llegado, no era la primera vez, pero de tantas ocasiones que ahora Montse ya no podía soportarlo. No era posible que para Josué ella no inspirara ningún respeto, no era posible que noche tras noche tuviera que verlo llegar borracho y quién sabe de dónde venía. Entonces al pasar el tiempo, la espera se prolongaba, los pensamientos de Montse eran cada vez más dañinos y esa noche la desesperación la impulsó a salir a buscarlo. Salió muy enojada, tomó un taxi para ir a aquel prostíbulo que era tan nombrado entre sus compañeros.

Al llegar al lugar, le pidió al taxi que la esperara, fue al estacionamiento a buscar su carro y efectivamente allí estaba. Sentía un hueco en el estómago, estaría allí adentro con alguna prostituta. Caminó hacia la puerta de entrada, pero Josué ya venía a encontrarla. Se notó que alguien le avisó porque salió en seguida. Estaba borracho.

—¿Por qué estás aquí?! Mira cómo estás, todo borracho.—  
gritó Montse al tenerlo enfrente.

—¿Para qué viniste? Cómo eres ridícula. —La agarró del  
brazo, la llevó al taxi— ¡Vete de aquí, al rato llego!

Así, sin más, ella volvió llorando, ahora si estaba segura  
que no significaba nada para él. Sintió gran vergüenza y  
humillación, sola en medio de la madrugada, botada en un taxi  
rumbo a su casa.

Un frio le recorrió todo el cuerpo, había dejado a su  
esposo en un prostíbulo y quién sabe cuántas veces había  
estado allí, el departamento se sentía muy solo, en realidad era  
un lugar donde dos personas llegan a dormir y quizá, a veces a  
comer. Pero en ese lugar no había nada que pareciera un  
matrimonio... Lo esperó toda la noche, pero tenía clases a la  
siete de la mañana, se bañó y se fue con la dignidad hecha  
pedazos.

Al volver de la universidad, allí estaba él, dormido y  
bien crudo. Cuando al fin despertó dijo:

—Ven, acuéstate.

—¿Pero por qué haces esto? —contestó Montse con  
mucho dolor en la voz.

—Sh,sh,sh,sh. Acuéstate. —Durmieron un rato, ella lloró  
en sus brazos y él sólo le acariciaba el pelo y la apretaba contra  
su pecho—. A ver dime ¿con quién estoy? —Pero ese  
comentario no consolaba el dolor de Montse, se quedó  
dormida. Despertó cuando oyó que Josué se estaba bañando.

—¿Vas a salir? —preguntó sobresaltada, pero no le

contestó. Se terminó de arreglar con toda calma y Montse estaba muy nerviosa, pensaba “¿irá a salir, a dónde va, tal vez traiga comida, o quizá tenga algún cliente que visitar?”

—Ahorita vengo ¿tienes hambre? —dijo Josué.

—Sí, ¿a dónde vas? Yo te acompaño.

—No, quédate me van a llamar necesito que contestes, no tardo.

Montse pensó “bueno va por comida, y si le van a llamar seguro no se tarda”. Pero no fue así, Montse calentó algo del refrigerador para comer, después algo para cenar y a las diez de la noche ya era un manojito de nervios, hizo una maleta y se fue al departamento donde vivían sus amigas. Les pidió que la dejaran quedarse por un tiempo.

Pasó allí la noche, luego se fueron a clases, cuando nuevamente se hizo de noche, comenzaron a llegar chavos ¡Había una fiesta en ese departamento! Ella no estaba para reuñoncitas ni nada de eso, así que al otro día tuvo que volver. Josué no dijo nada y todo volvió a empezar.

La siguiente vez que lo dejó fue cuando nuevamente Montse perdió la paciencia, vivir sobre saltada la llevaba al extremo del estrés y llegó el momento que ya no pudo resistir. Habló con su papá y le dijo “Ya me quiero separar, ayúdame.” Don Arturo de inmediato le envió un boleto de avión para viajar de México a Mc Allen donde tenía una casa. Así que Montse hizo su maleta sin que Josué se diera cuenta y viajó en camión de León a México.

Tomó un taxi al aeropuerto, registró su lugar en el

avión, entró a la sala de espera y al escuchar el número de su vuelo y el destino que la esperaba decidió llamar a Josué para informarle que se iba para siempre. En la sala de espera había un teléfono de emergencia, lo tomó y le marcó. Él se rió de ella y le dijo:

—¡Regrésate ahora mismo y déjate de niñerías!

—Pero tú no cambias, estoy harta ¿Por qué he de volver?

—Porque eres mi esposa, este es tu lugar, aquí te espero.

—colgó.

Ella obedeció, viajó durante la noche de regreso. Al llegar a su propia casa, él le dijo que no la quería durmiendo junto, y la mandó a dormir a otro cuarto.

Su papá llamó para saber qué había pasado y ella sólo pudo decirle “lo siento este es mi lugar, ya no puedo actuar como una niña” Colgó y lloró porque se sintió atrapada, había vuelto a una cárcel de donde no era capaz de salir y nadie la podía ayudar.

Durmió pensando en la ternura de Darío, eso era frecuente en Montse porque era lo único que la sacaba de su realidad y era como una caricia a su corazón, recordó cómo le hablaba y cómo cuidaba de ella. “Josué nunca me ha comprado siquiera una flor y Darío llegaba con ramos de rosas. Las madrugadas con Josué eran pura soledad y con Darío... ¡ah! eran serenatas, fiestas, amigos.” Para Darío era como su niña, su muñequita ¡Cuántas veces vieron las estrellas juntos de la mano y sin hablar!

Quizá en el fondo Josué intuía que el corazón de Montse no



le pertenecía del todo, tal vez lograba adivinar que su mujer aún sueña con su viejo amor y por eso se mantenía ebrio. No sé, quizá.

*IV*

*AGOSTO 1994*

Montse tenía a su bebé sobre su pecho quien la veía fijamente, como suelen hacer los bebés. Al ver tan atenta a su hija, lloró.

—Hija perdóname por traerte a una vida tan difícil, la voy a mejorar para ti. —Ya para entonces Montse y Josué dormían en cuartos separados, pero Marisol, la bebé, dormía en el cuarto con su papá. Así que en las madrugadas cuando Marisol lloraba Montse se levantaba, le daba de comer, le cambiaba el pañal y la dormía, luego volvía a su cuarto.

Josué la trataba como si sólo fuera una nana y ni siquiera cruzaban palabra, pero la verdad era que Montse había permitido todo ese abuso, se había puesto de tapete tantas veces, no mostraba ninguna fuerza para defenderse, ni para poner los límites naturales que defendieran su dignidad. Siempre tuvo miedo, permitió que la fuera subyugando poco a poco y ahora era como una esclava incondicional.

Esta falta de carácter que mostraba, por las situaciones extremas a las que habían llegado las cosas, terminaron con Montse, el temor la dominaba a tal punto que la paralizaba, ella de pronto reaccionaba y actuaba, pero luego volvía a someterse a él y eso la fue consumiendo, pero por otro lado esa manera de actuar provocó que Josué perdiera todo respeto por ella. No por nada hay un dicho que reza: “El valiente lo es, hasta que el cobarde quiere”.

Muchos fueron los intentos de Montse y una vez más le dijo: “Me quiero separar”.

—Está bien, pero me voy a ir a vivir a Monterrey y me llevo a la niña.

—Pero ella debe estar conmigo, es una bebé, soy la mamá.

—Si quieres estar con la niña vienes con nosotros bajo mis condiciones y sino haz lo que quieras, pero me la llevo.

Montse no era valiente, ni fuerte porque no sabía cómo serlo. Aunque esta vez no quería continuar con esa vida, no sería justo para la pequeña.

—Me voy a ir a Monterrey mañana ¿vas a ir? Tengo que comprar los boletos del camión. —dijo Josué de pronto una mañana.

—No, no voy, pero tienes que dejarme a Marisol.

—No la voy a dejar, así que mejor piénsalo ¿Vas o te quedas?

—No voy a pensar nada. La niña se queda.

—¡Estás loca! No hagas las cosas difíciles. Si quieres estar

con tu hija vienes con nosotros.

Montse reconocía ese enojo, sabía que Josué la quería a su lado y ahora usaba a Marisol para retenerla, lo veía en sus ojos. Pero... “¿Por qué la trataba así?”

No debía quedarse en ese lugar de maltrato, necesitaba ayuda así que mientras Josué se bañaba, llamó a sus amigas y les contó todo. Ellas idearon <<un gran plan>>.

—Vamos a llamarle diciendo que somos de la radiodifusora para decirle que se necesita presentar (en esos días Josué había comprado un espacio en la radio y transmitía un programa tres veces por semana, por eso era buena idea decir que llamaban de allí) Y como es cuestión de trabajo tendrá que dejar a la niña. Cuando se vaya pasamos por ti. Deja una maleta lista, de cualquier manera él tendrá que irse a Monterrey y así tú vuelves después por todas tus cosas.

Sonó el teléfono y Josué contestó, la bebé estaba dormida en su cuna. Al colgar el teléfono Josué se comenzó a cambiar y Montse pensó que todo iba saliendo muy bien, pues por lo menos la llamada la había creído.

Cuando se terminó de arreglar, tomó una cobijita, cargó a Marisol y salió. Montse lo alcanzó en la puerta:

—¿A dónde vas con la niña? Estaba dormida ¿Por qué la despiertas?

—No te incumbe, no tardo.

—Pero ya casi le toca de comer.

—No tardo, ya cállate. —Y se marchó

Montse no lo podía creer. Inmediatamente después llegaron sus amigas Lety y Sofía.

—¿Dónde está la bebé? —le preguntaron agitadas y con una actitud de urgencia, tenían que salir enseguida.

—Se la llevó... ¿cómo llegaron tan pronto?

—Estábamos vigilando y lo vimos subir al taxi, pero la niña no la vimos.

—Sí, la trae cargando. —Montse rompió en llanto—. Se la va a llevar es capaz de viajar con ella, nada lo detiene.

Estaban tan asustadas que perdieron el sentido del tiempo y sin darse cuenta Josué entró a la casa, se veía muy enojado, pero al ver allí a las amigas de Montse su enojo aumentó.

—¿Qué hacen aquí? Váyanse, no se metan en nuestros asuntos, son privados. —Enseguida ellas salieron de la casa.

Al verlas supo inmediatamente que había sido burlado y todo aquello de la llamada había sido un engaño. Cuando llegó a la estación de radio y nadie sabía nada de la llamada, salió de inmediato para ajustar cuentas con Montse, sin embargo sólo le dijo, —Me voy hoy mismo para que no te andes con tus chingaderas y no intentes nada más porque no me has conocido. Te advierto, no te acerques a Marisol.

Montse se fue a su cuarto no sabía qué hacer, no se podía acostumbrar a tener tanto miedo, sentía gran angustia porque ahora seguro perdería a Marisol y ¿cómo viajar con ellos? Él sería su verdugo día y noche.

No existe peor cárcel que la que encadena con miedo, una

prisión de puertas abiertas de donde no se puede salir. No hay oportunidad cuando se es libre físicamente, pero hay esclavitud en la mente y pesadas cadenas en el alma. Los eslabones son muy pesados, se crearon uno a uno con amenazas, insultos, humillaciones.

Llegó la noche, Josué hizo su maleta y la de Marisol, luego llamó al taxi: “Me manda un taxi, voy a la central de autobuses.” Montse salió de su cuarto, sólo le quedaba suplicar:

—Por favor, es una niña pequeña, déjala no tiene la culpa.

—¿Vas a ir? Hay tiempo, haz tu maleta.

—No puedo ir, no podemos seguir con esta vida. Es mejor que sigas con tus planes y... mira, ven a visitar a Marisol cuando quieras, eso sería más fácil para ti. Tendrías tu tiempo y espacio, es muy complicado cuidar a una bebé, por favor déjala.

—La niña se va conmigo, déjate de pendejadas. Tú estás loca. Tenemos una familia y no veo porque nos quieres dejar. No intentes nada, me la voy a llevar. —Salió de la casa, tomó el taxi y se fue.

Montse quedó paralizada, lloró un buen rato, no tenía fuerzas para moverse, estaba aterrada, no sabía qué hacer...— ¡mi niña! Devuélveme a mi niña... por favor.—decía muy ofuscada, casi murmurando. De pronto un impulso la puso en pie, recordó a sus amigas, entonces llamó a Sofía...

—Quédate allí, en este instante salgo por ti. —Cuando llegó por Montse, Sofía venía en una patrulla judicial. —Ya dimos aviso en la Central de Autobuses, si lo hicimos a tiempo no lo

van a dejar salir, ya lo están buscando. —le explicó Sofía.

—Nos tiene que acompañar para que lo reconozca señora, están buscando a un hombre de sus características con una bebé en brazos.

—Sí, está bien. —contestó Montse y se subió a la patrulla. No podía entender claramente lo que sucedía, estaba pasando más rápido de lo que podía digerirlo.

—Nos vamos a dividir, —le indicaron al llegar a la central—ayúdenos a reconocerlo y nos da aviso si lo ve. No haga nada, sólo indíquenos donde está. —Todos corrían y Montse no tenía fuerzas, ¡se había llevado a su hija y no lo había podido detener!

—Tenemos que enviar a alguien a su casa, si nos vio volvió para esconderse. —dieron nuevas indicaciones.

Efectivamente les dieron aviso de que un hombre de sus características estaba afuera de su domicilio, tenían que ir para allá pues al parecer no podía entrar a la casa.

Cuando llegaron Josué vio a Montse, se acercó a la patrulla tan tranquilo:

—¿Qué pasa, dónde estabas Montse? Olvidé mi llave, ¿Estás bien?. —pero no hicieron caso al comentario, lo subieron a otra patrulla y los llevaron a declarar. Ella tenía que decir sobre el intento de robo de la bebé.

Al llegar a la agencia del ministerio público, Montse junto con Sofía como testigo, entraron a una oficina donde un agente tomó la declaración; después salieron y entró él. Cuando la llamaron para interrogarlos a los dos juntos, el agente que

tomaba las declaraciones le sugirió:

—Mire señora, es mejor que se vaya a su casa y arreglen sus asuntos personales.

—¿Qué? —Montse estaba muy sorprendida por las palabras del agente— Pero tengo miedo, yo no me puedo ir con este hombre. Además dígame que ya me devuelva a mi hija.

—Ten a la bebé, no hay problema, ¿la puedes cargar o te ayudo? —contestó Josué muy calmado.

—¡Dámela! —gritó Montse.

—Tranquilízate ya —le contestó Josué y después volteó a ver al agente con un sentido de complicidad.

—¿Qué está pasando aquí, qué es esto? —preguntó ella.

—Señora cálmese, mejor ya váyanse, usted necesita descansar.

Josué con una sonrisa, le dio las gracias a los policías tomó del brazo a Montse y la encaminó a la salida. Al caminar por el pasillo Montse le dijo a Sofía, “Gracias por todo” y se fue a su casa con Marisol en brazos y con Josué llevándola abrazada. Sofía se quedó helada sin saber qué había pasado.

*V*

*MAYO 2010*

—Ya es hora Montse. —comunicó una mujer al entrar en el cuarto donde se encontraba sola. Montse antes de dar una conferencia necesita estar asolas para con Dios.

Dejó lo que estaba haciendo y caminó por el pasillo que la conducía hacia el escenario del auditorio que al parecer estaba lleno, había mujeres en su mayoría y también hombres que estaban expectantes de una palabra de esperanza, una palabra de fe que los ayudara a levantar el ánimo.

Montse tomó el micrófono y dio gracias a Dios por ese momento tan especial. Cada vez que está frente a un grupo de personas, ya sea grande o pequeño, en su corazón late un anhelo: Que toda aquella amargura que vivió en el pasado, se convierta en un espejo donde las personas puedan ver su propia realidad, para que después cada uno cobre fuerza, se confronte a sí mismo y retome su camino.

Y es que cuando Montse apenas estaba saliendo de todo aquello: primero una dura separación y luego el divorcio con todo lo que eso conlleva; recuerda que era muy esperanzador saber y conocer a personas con historias como la que ella estaba pasando, es decir, conocer que aquellas personas habían



salido adelante, eso la llenaba de esperanza y entonces pensaba “si ellas pudieron, yo puedo.”

Ahora quiere inyectar esa misma esperanza en otras personas para que conozcan que sí es posible... “Porque al que creé todo le es posible”.

Vivir diariamente tratando de soltar ese pasado que ya no puede causarle daño porque ya no existe, todo aquello quedó atrás y a veces parece que Montse no está totalmente convencida y sin quererlo recuerda todo lo que algún día la atormentó; es una batalla en su mente, tal vez un reflejo natural. Es una batalla, pero sabe que ya tiene la victoria, porque fue rescatada, ya todo pasó, se terminó y ahora sólo existe en su recuerdo.

Montse reconoce que al perdonar su pasado, al perdonar las circunstancias, perdonar a Josué y perdonarse a sí misma, es un acto de valentía y renovación en su alma. Montse sabe que la única forma de lograr el verdadero triunfo en la batalla de su mente para ser verdaderamente libre, fue el perdón.

Hablar del amor y del perdón a todo ese auditorio, le remueve los recuerdos y le afloran los sentimientos, pero sabe que ahora está de pie y necesita que todos aquellos que la escuchan, crean que es posible volver a empezar y el perdón es una llave maravillosa que abre puertas.

Montse creé que es necesario recordar todo ese pasado para poder compartirlo con los demás, y siempre dice: “Si borrara todo aquello, entonces no hubiera tenido sentido haberlo vivido, en cambio conservarlo en mis recuerdos y compartirlo con otras personas es darle un valor y un sentido

para no sentir que fue inútil. De otra manera ¿cómo recuperar todos esos años perdidos?”

Si algo la mantenía en el camino, era reconocer el único poder sobrenatural verdadero que es capaz de romper todas las cadenas que se arrastran en el alma. Son cadenas invisibles, pero allí están porque se sienten tan pesadas que pareciera que se pueden tocar. Esas cadenas que mantuvieron prisionera a Montse en una relación destructiva... ¡Nadie la podía salvar! Ni ella misma. Sólo el amor de aquel que murió en una cruz.

Montse frente a un público hambriento de esperanza, su corazón no puede detenerse y su voz se quiebra cuando dice: “Jesucristo me trasladó de las tinieblas a la luz admirable y me dio vida, vida en abundancia. Me hizo una nueva persona y también lo puede hacer por ti ¡Créelo!

El público estalla en aplausos manifestando la motivación que fue generada, demostrando el ánimo encendido como el motor de una vieja máquina que ya no caminaba y ahora está lista para arrancar hacia una nueva carrera que hay que recorrer, porque el camino no termina hasta que el corazón deja de latir.

Cada persona en ese lugar es una luz encendida y entonces Montse sabe que todo aquello valió la pena. No importan los abandonos, los insultos, los golpes o los abusos. Todo eso ahora es un instrumento para llevar esperanza de vida a otras personas que quizá estén viviendo en muerte, como ella lo estuvo.

“Destrucción y desolación no entran en los planes de un ser pleno, creador y que da vida”. —decía Montse a la audiencia— “Las manos que hicieron el sol, la luna y las

estrellas, las manos que pusieron límites al mar y levantan olas y tormentas; esas manos de creaciones armónicas y perfectas no pueden crear algo inservible. ¡Hay poder y fuerza en la creación! Hay plenitud y perfección, hay inmensidad y grandeza. ¿Quién no enmudece con un atardecer, con el vaivén de las olas? ¡Cuánta grandeza vemos en la naturaleza! Y tú eres parte de ella. Eres una creación de Dios y hay perfección en tu ser.”

Montse con una sonrisa en el rostro comenzó a platicar acerca de un día en el que junto con su hermano y su mamá rentaron un yate, y con sus hijas y su cuñada se fueron todo el día a navegar: “De las diez de la mañana a las seis de la tarde paseamos por el océano pacífico. A ratos bajábamos a nadar, a ratos nos asoleábamos, a ratos comíamos un poco. Pero todo el tiempo, a cada instante era innegable sentir la fuerza del viento, el poder del mar, el calor de los rayos del sol... ¡La grandeza de Dios en todo su esplendor!” —Montse notó en el ambiente cierta curiosidad.

Entonces dijo: “A lo que quiero llegar, que es lo importante de esto, es a darnos cuenta de cómo en medio de la fuerza apacible de la naturaleza nos podemos sentir uno en ese todo, ¡Uno con ese todo! ¿Lo crees? Como parte de una obra maestra, imagina un cuadro pintado por el mejor artista y en esa obra maestra está el sol, el mar y tú... ¿No es maravilloso? Saberse uno en el plan de Dios, creer que eres uno con ese todo perfecto.” —hizo una pausa para observar la reacción de las personas.

“¿Por qué perderse cuando eres creada por las mismas manos que hacen cosas maravillosas, por qué vivir muriendo cuando hay vida y abundancia en esa gran creación a la que

perteneces?” —Era una forma de llevar al público a cuestionar su propio valor, así cada uno tendría que reconocerse como una creación perfecta de Dios.

Montse hablaba a un público expectante: “Sólo con el poder del amor de Dios es posible salir adelante y ¡Sí es posible! Porque es real, Jesucristo vive y está reinando en su trono de Gloria ahora mismo. ¡Tenemos un Dios vivo y poderoso! Ven a él, acércate y háblale. Donde nadie te oiga, donde nadie te vea ¡búscales y entrégales tu corazón!”

Al bajar del escenario, toma la mano de la persona en la que se apoya para ir de aquí allá, para dar conferencias a personas que necesitan escuchar que en medio del dolor, siempre hay esperanza. Montse busca ese brazo fuerte que la acompaña a todos esos lugares, el hombre que trajo a su vida un cambio radical. Su nuevo amor y primer amor, realmente, su único y verdadero amor.

Montse vive ahora en esas promesas que un día escuchó desde el cielo y se hicieron verdad en ella aun cuando no se veía nada, ella creyó y no se detuvo hasta llegar. Creyó al leer: “Clama a mí y yo te responderé y te mostraré cosas grandes y ocultas que tú no conoces y cumpliré los deseos de tu corazón.”

Cuando Montse leyó estas palabras en la biblia, descubrió que la Palabra de Dios cobra vida para todo aquel que cree y lo confirma con su vida al voltear atrás y ver un pasado oscuro, y después ver una realidad maravillosa. Ahora su vida es una aventura tranquila y estable junto a Darío, puede vivir por fin un amor que nunca murió.

—¿Viste la cara de la mujer que estaba en la tercera fila? —  
Preguntó Montse.

—No, desde mi lugar no podía ver muy atrás ¿Qué tenía?  
—le contestó Darío.

—No te sé decir, le brillaban los ojos. En un inicio me fijé en ella porque apuntaba todo lo que iba yo diciendo, pero poco a poco dejó la pluma a un lado y se puso muy atenta, luego hasta la vi llorar. Pero al final, creo que realmente recibió el mensaje, había esperanza en su mirada.

—Me da gusto que las personas puedan ver que el poder de Dios es real y lo que nosotros vivimos es un ejemplo sobrenatural de la fuerza de su amor ¿no crees? —Al terminar su comentario Montse lo volteó a ver, a veces no puede creer que esté nuevamente a su lado.

—Darío, por la sencillez de tu corazón es por lo que siempre te amé. Eres fuerte y eres sensible a la vez.

—No, no me digas sensible. Si alguien te escucha se va a imaginar otra cosa.

—No te preocupes vamos solos, —y se rieron— ¿estás listo para entrar a la fiesta?

—Sí, vamos. Te amo. —Y la besó.

Entraron a una pequeña reunión con la que celebraban la clausura del congreso al que había sido invitada para dar una conferencia sobre el amor y el perdón. Sus temas favoritos.

Montse sabía que las llaves de oro para abrir las puertas a los milagros, eran el perdón y el amor. Así que eran las conferencias que más disfrutaba.

—Montse, muchas gracias por tu participación ¿cómo te

sentiste? —preguntó una de las organizadoras.

—Hola Vero, qué gusto saludarte. Me sentí bien muchas gracias. Mira te presento a Darío.

—Hola, mucho gusto. Voy por mi esposo, no se vayan, —contestó Vero—, quiero que le cuenten su historia, es fabulosa.

—Ella es la chica que estuvo a punto de divorciarse, pero vieras ahora que lindo matrimonio tiene. —comentó Montse a Darío—. Dios le da la vuelta a las circunstancias y en un instante estás feliz como nunca ¿No amor?

Él solo la abrazó, pero con eso le decía más que con mil palabras.

## *VI*

*ABRIL 2007*

Sonó el teléfono y ella contestó sin imaginar que del otro lado de la línea estaba el inicio de un gran cambio en su vida.

—¿Hola?

—Hola, habla Darío, ¿Montse?

—Si... ¿Darío? Es decir, que gusto saludarte ¿cómo estás?  
—No salían las palabras y es que después de veinte años de no saber nada de él. Ahora ya no era una fantasía, de pronto se

convertía en una voz real, en un saludo real y de tanto que había fantaseado en esa posibilidad, ahora no sabía que decir. Eso le resultaba tan impresionante que le sofocaba y le cortaba la respiración. Su voz era temblorosa y tímida y sólo pudo decir: “Permíteme un poco”. Tenía que recobrar el aliento, acomodar sus ideas y conectarse con su cerebro para no parecer estúpida.

—¿Quién te llama?! Mira cómo estás —dijo su amiga Olga, quien le ayudaba con el negocio.

—No es nadie, permíteme... —le contestó Montse y se fue a un lugar privado en donde deja el teléfono a un lado, porque en realidad no lo puede sostener, está temblando, toma aire, sacude los brazos y unos segundos después vuelve a la llamada.

—Listo Darío, es que llegó una persona que tenía que atender, pero ya me desocupé ¿Cómo estás? ¡Qué gusto saludarte!

Ella no imaginaba que esa llamada sería el principio de algo que podía parecer imposible, una fantasía inimaginable, pero si llega la felicidad, no la puede uno dejar pasar.

Cuando colgó, realmente se sentía en las nubes y al mismo tiempo tenía que aterrizar, así que de inmediato salió, se reincorporó a trabajar como si nada y dijo a Olga:

—¿En qué estábamos?

—En nada —contestó Olga— Ya dime ¿Quién te llamó? Porque nunca te pones tan rara.

—Era un ex novio que fue muy importante en mi vida y

hace como veinte años que no hablaba con él. Esto es como un milagro Olga, ¡créeme! Esto no pasa a diario.

—¿Y para que te habló?, ¿qué te cuenta?, ¿Cómo te sientes?

—Tranquila, deja que se me pase, no puedo ni hablar. —Se volvió a sentar porque todo le daba vueltas, no sabía cómo acomodar sus ideas. “Era él” pensaba, “era su voz” ... “¡Dios ¿Cómo lo pude perder?!”

—Montse, sigo aquí ¿Me vas a contar? —dijo Olga.

—No hay mucho que decir, —respiró Montse para recuperarse, se levantó y dijo—, lo quise mucho, pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora seremos buenos amigos y punto. No hay más, se ve que está muy feliz en su matrimonio... y yo estoy bien así con mis hijas, así que... pues así son las cosas. ¡A trabajar!

Un día, unos meses antes de esta llamada, Montse se sentía muy animada y le dijo a sus hijas:

—Vamos a Guanajuato a caminar un poco.

—Sí, hay que invitar a mi abuelita. —contestó Paula, la menor.

—Ay no, que aburrido, yo me quedo con mis primas. —dijo Marisol.

Entonces le llamaron a la abuela y las tres se fueron a pasear. Caminaron y caminaron, luego se les antojó sentarse en un restaurante que tenía mesas en el exterior donde se disfrutaba del ambiente callejero, donde abundaban los turistas.



Enfrente tenían una catedral de construcción barroca y frente a esa catedral un monumento con escalinatas, que ese día más servían como gradas que como un adorno nacional. Desde allí se disfrutaba un entremés, la estudiantina, un mimo, o cualquier espectáculo improvisado. En esos días de festival en Guanajuato, hay de todo un poco.

Así que Montse, Paula y la abuela Nohemí pidieron una limonada para cada una y un queso fundido para las tres. El momento se antojaba romántico, ya estaba obscureciendo y se habían encendido los faroles de la calle.

Hacía un poco de frío y Montse se conectó con sus recuerdos de juventud, platicaba amablemente las veces que con sus amigos caminó por esas calles de la mano de Darío, cuando Paula la interrumpió

—Mira mamá allá va Vicky.

—¿La hermana de Darío? —preguntó la abuela. Todas voltearon a saludar. Vicky saludó de lejos e hizo una seña para que voltearan más atrás.

—¡Es Darío! —dijo Nohemí— Ven acá Darío, ven a saludarme.

Montse no podía respirar, el corazón se le iba a salir y como siempre, quedó paralizada.

—Señora que gusto saludarla. —dijo Darío al acercarse.

—Igualmente, mira qué guapo te ves.

—Gracias señora, ¿cómo ha estado?

—Bien gracias y... ¿No vas a saludar a Montse?

—Ah, claro que sí, hola Montse. —También se veía nervioso. Quizá por encontrarla, y quizá también porque venía con toda su familia. Antes de saludar a Montse, unos breves instantes, antes de extender su mano, volteó hacia donde venía toda su familia, fue un gesto como de precaución y un niño corrió hacia él.

Al extender la mano y decir “Hola Montse” fue como si hubieran detenido el tiempo. Al momento de que sus manos se unían, nadie vio, ni nadie lo notó, pero en realidad salieron chispas, hubo cuetes y quizá hasta el cielo aplaudió. Montse sólo pudo esbozar una sonrisa y decir un simple “Hola”.

Entonces llegó la esposa, él al instante soltó su mano y se dirigió a la mujer diciendo:

—Mira te presento a la señora Nohemí.

—Mucho gusto —saludó a la señora y después sólo dijo buenas noches refiriéndose a Montse y a Paula. Y las dos respondieron igual.

—Bueno tenemos que irnos, gusto de saludarlas. —se despidió Darío.

—Si adiós —contestaron. Se perdieron entre la multitud y Montse recobró el aliento con un gran suspiro que le volvía a la realidad, habían pasado solo unos minutos que parecieron eternos. Nohemí y Paula no le quitaban los ojos de encima y ella dijo.

—¿Qué?!... ¿Ya se quieren ir?

Pasaron seis meses de aquel encuentro y unos días después de su cumpleaños, Montse revisó su correo electrónico como lo hacía cotidianamente y allí estaba, era un mensaje de Darío. Se le helaron los huesos, sintió que la sangre le subía y le bajaba, sentía las famosas mariposas en el estómago.

Tomó aire como era su costumbre para poder reponerse a la sorpresa y lo leyó. Era una felicitación por su cumpleaños y por cierto en la fecha exacta, eso quería decir que todos esos años él había recordado esa fecha y ahora de alguna manera había conseguido su email y pudo entonces hacer contacto para felicitarla.

No sabía si atribuirle el milagro a Dios, es más no sabía si decir que eso había sido un milagro, pero resultaba casi imposible que estuviera sucediendo y sí, era cierto. Lo leyó una y otra vez, pasaron dos días hasta que decidió contestar.

Y es que en verdad una respuesta completamente sincera no podía enviar, ¿Qué le diría?: “¿Te he extrañado?” “¿Dónde habías estado?” “¿Eres feliz?” No era correcto ¡Claro que no! Tenía que anteponer una enorme barrera de amistad, a ese gran amor, ahora tenía que darle un nuevo lugar: una simple amistad. Y entonces debería decir algo así como “Qué gusto saber de ti”, “Tanto tiempo y ahora podemos ser buenos amigos”, “Han pasado tantas cosas y ya no somos los mismos”, etc. Ante todo tenía que entender que él era un hombre casado ¿Para qué le escribía?, pero en realidad era necesario aprovechar cerrar el círculo, aclarar ciertos detalles que navegaban en el espacio sideral, en el limbo, en lo etéreo, en el almacén de las dudas sin respuesta ¿Por qué todo había terminado de una manera tan avasalladora?

Era mejor confrontar que dejar en el olvido, era mejor saberlo su amigo que tenerlo perdido. Ese mensaje fue el mejor regalo que recibió ese año, todo el año y tal vez en muchos años.

Se escribieron varias veces hasta que Darío por fin decidió pedirle su teléfono y de allí surgió una real y sincera amistad, pero en cada llamada Montse tenía que luchar con todas sus fuerzas para arrancar de su mente y de su corazón todo aquello que fuera romántico. “¡Él es casado!”, se repetía una y otra vez.

Pero aquello era muy fuerte, tal vez su corazón tenía un modo de operar que ella no conocía y era el del estímulo y la respuesta: Voz de Darío, igual a corazón enamorado. Pero no es que fuera una realidad, era más bien aquello a lo que respondía como a un estímulo. Porque ¿pensar en amor? ¡No! Imposible, han pasado veinte años.

## *VII*

### *OCTUBRE 1995*

Montse tenía tres meses viviendo con sus padres y Josué le llamaba desde Monterrey de vez en cuando para saludar a la pequeña Marisol. Montse vivía en la incertidumbre, con nostalgia, sentía una necesidad enfermiza de hablar con Josué, necesitaba con urgencia descubrir qué hacía mientras no estaba con ella.

Siempre inquieta, siempre pensativa, siempre divagando en él. Las personas la percibían como ida, era igual que hablar con un mueble viviente porque no hacía otra cosa que pensar en el caos de vida en el que se encontraba y cómo remediarlo, cómo hacer que en verdad funcionen como matrimonio.

Qué fácil era para todos decir “Con un hasta aquí” y ya todo terminaría, pero Montse estaba encadenada, sin voluntad, sin fuerzas y nadie conseguía rescatarla de allí, ni ella misma.

Sólo vivía en ese mundo mental caótico, con un sentimiento ansioso por hablar con Josué en el teléfono. Luego lloraba su ausencia y quería correr a su lado. Tenía la necesidad de volver y pensaba: “esta vez voy hacer todo bien para tener un matrimonio feliz.”

Su hija ya casi cumplía dos años y nada mejoraba. Un día Josué le dijo “Vente para acá Montse, traite a Marisol, las extraño mucho”... ¡Con eso bastó! Era suficiente para correr a su lado. En una semana ya iba rumbo a Monterrey. El viaje fue muy cansado pese a que su papá le había contratado un chofer, pues Montse quería irse manejando sola con su niña durante doce horas. Así que en medio de esa descabellada decisión, el papá tuvo que pagar el viaje para que su hija no corriera tantos riesgos.

Llegaron al anochecer y a esa hora buscaron con toda calma la dirección. Al llegar a la casa, el chofer bajó a tocar el timbre y por una ventana se asomó Josué, abrió la puerta, dijo “pasen” y se metió.

Montse bajó del auto y al acercarse a la puerta se dio cuenta del olor a marihuana que salía de la casa. Cerró los ojos

por un instante, quería irse de allí, deseaba salir corriendo “¿por qué vine? No ha cambiado nada en él... ¿por qué?” Pero recordó al chofer, su hija estaba en el auto, abrió los ojos, volteó a ver al señor que la esperaba y este le dijo:

—¡Bueno me tengo que ir, que le vaya bien!

—Sí... está bien... hasta luego, buenas noches... y gracias por todo.

Montse bajó la maleta, luego cargó a su hija y al entrar a la casa vio que no había nada, no había muebles, sólo un colchón de agua en el piso de una habitación y dijo:

—¿Dónde vamos a dormir?

—Allí no ves —contestó Josué concentrado en la televisión, después de seis meses de no verse y de haber dicho “las extraño”. Pero Montse lo conocía y sabía que su frialdad se debía a la barrera natural que salía de él para no mostrar en absoluto, ni un ápice de debilidad. Para Josué amor era igual a debilidad, igual a dolor, era lo mismo que situarse en la mira para ser lastimado y de esa forma lo ocultaba.

Montse se quedó de pie, viéndolo, esperando una respuesta real, no se movía, entonces Josué volteó y dijo:

—Mañana te compro lo que necesites para que se sientan bien, ¿tienes hambre, quieres cenar?

—Sí, vamos a algún lugar —dijo Montse, bajó la maleta, acomodó a Marisol en sus brazos y se encaminó a la puerta.

—Dame las llaves del carro, yo manejo —la alcanzó en la puerta.

Ella volteó y le dijo, —¿No me vas a saludar? —Y lo besó.

Llegaron a un lugar donde vendían los mejores tacos de arrachera, los famosos tacos piratas de Monterrey, ya estaban cenando cuando Montse dijo:

—Ya no quiero que fumes esa cosa, huele horrible y me duele la cabeza. Además a Marisol le hace daño.

—Ya me conoces, ya sabes cómo soy y sabías a qué venías, no pongas condiciones, yo sabré que hacer. —Un rato se quedaron en silencio.

—Quiero que me ayudes con el programa de radio como en Irapuato, tú grabarás las cápsulas informativas, como lo hemos hecho siempre ¿Te gustaría?

—Sí, eso me gusta, es lo que sé hacer —suspiró Montse como resignada, pero al mismo tiempo sentía que algo nuevo comenzaba en su vida.

—Voy a conseguir un programa de televisión en Cadereyta, queda como a veinte minutos de aquí. Para la primera entrevista necesito que vayas para que les expliques lo de la estructura del programa y esas cosas.

—Lo haremos como el programa de León ¿no?

—Sí, lo mismo. Oye ¿Qué te parece si esta noche nos vamos a dormir a un hotel? Realmente la casa no está en condiciones para que Marisol duerma allí ¿Te parece?

Si algo le gustaba a Montse de Josué era su espontaneidad, no había en él prejuicios de ningún estilo, sólo vivía para lo que se le antojaba hacer. En ese aspecto era completamente libre

de presiones sociales, etiquetas, comportamientos adecuados, etc. Sus cadenas eran emocionales, sus conflictos eran vivenciales, su carencia era afectiva y eso lo arrojaba al vicio sin freno alguno. Y Montse quería luchar contra ese monstruo de adicciones.

Al otro día salieron a comprar cosas para la casa y ella pensó “Pagó un hotel caro, compra todo lo necesario, ¡Vaya parece que le va muy bien!”. Josué recibía clientes en la oficina de su casa, de cuatro a cinco por día, pero cobraba muy bien. Hacía trabajos especiales y la gente lo seguía porque era como una estrella local, lo entrevistaban en la televisión por cable, hacía ruedas de prensa anunciando sus predicciones, lo invitaban a la radio para que leyera las cartas en vivo, además de tener un programa en la radio y ya habían logrado el programa televisión en Cadereyta. Su carrera iba en ascenso.

Pero poco a poco, su estilo de vida, su comportamiento tan desinteresado hacia Montse, la barrera que tenía para no demostrar amor. Sólo hablaban del trabajo, los programas, las consultas, todo eso iba mermando los ánimos. A los cuatro meses de vivir juntos (¡solamente habían pasado cuatro meses!) Josué no volvía a casa a dormir, comenzó a fumar su droga en la oficina que estaba en la entrada de la casa. Montse tenía que salir con Marisol durante un rato. Todo empezó discretamente, una que otra vez, hasta hacerlo descaradamente y de manera continua.

Un día Marisol entró corriendo a la oficina de Josué y al abrirse la puerta Montse logró verlo consumiendo cocaína, ella entró en pánico nuevamente, temblaba por dentro, él no se dio cuenta, pero ella concibió un nuevo derrumbe en su interior ¡No sólo marihuana, sino que ahora cocaína! ¿Cuánto tiempo



llevaría consumiéndola? No era posible que estuviera ocurriendo algo así. Los días pasaron y ella no soportaba dormir con alguien así y comenzó a alejarse. Él ni cuenta se dio porque su adicción empeoró.

—Voy a estar en mi oficina, no me pases llamadas, no voy a ver a nadie. Ya cancelé mis consultas. —anunció a Montse un día, así nada más por que sí.

—Está bien, voy a salir a comer ¿te traigo algo?

—Si quieres ve, yo no voy a comer nada, no me interrumpas para nada, ya saldré.

Pasó todo un día y la noche, en la mañana Montse fue a la puerta de la oficina, pero seguía cerrada, decidió tocar. Al no recibir respuesta, salió al patio por donde estaba la ventana, pero la cortina estaba bien cerrada e incluso se veía más oscuro que de costumbre, había colgada una cobija para evitar que entrara la luz.

Montse comenzó a preocuparse y volvió a tocar con mucha insistencia. Josué contestó “Estoy bien, luego salgo” Pero sonaba diferente, la voz era rara, ¿qué pasaba allí dentro? “Bueno, pero sí está, no se ha ido.” Pensó ella sin imaginar lo que realmente ocurría dentro de ese cuarto. Continuó con su día esperando que en algún momento saliera. En realidad pasaron tres días, ella estaba tan desconcertada, había visto en películas de personas que se pierden en la droga durante lapsos prolongados de tiempo y tuvo miedo.

Al salir, Montse ya estaba al punto de un colapso, pero al verlo no sintió tranquilidad, sintió terror. Era un extraño, sus ojos eran como de diablo, sonreía con una sonrisa extraña.

Josué apenas pudo hablar y entre dientes dijo “estoy bien, pero tengo que salir” Y se fue.

Montse paralizada, caminó hacia la oficina, tenía que ver que había pasado en ese lugar. En la puerta se detuvo, tenía miedo, volteó hacia la puerta de entrada, caminó hacia la cochera para confirmar que Josué no estuviera y se dio cuenta de que no se había llevado el carro. ¿A dónde fue? Posiblemente tardaría en llegar.

Regresó a la oficina, luego salió para ver a Marisol que estaba en su cuarto jugando, así que entró a aquel lugar donde tenía prohibido entrar.

En el escritorio había latas de refresco, cucharas, velas, un espejo, papel de baño. Montse temblaba al ver todo aquello, pero no entendía nada. Quiso abrir el closet, pero estaba con llave, así que fue por un cuchillo para abrirlo.

Dentro, a simple vista había unos trajes colgados, pero al moverlos vio más adentro y allí encontró fetiches, ropa interior de mujeres y hombres, fotografías... pero había también ropa interior que le pertenecía a ella. Algunas prendas que se le habían perdido estaban recortadas y rotas... ¡Brujería!  
¡Drogadicción!

Sintió tanto espanto que llamó a su papá y le dijo “Me voy a Reynosa, Papi te necesito.” Colgó el teléfono, como pudo hizo una maleta con las cosas que en breves minutos pudo echar, subió a su hija al carro y se fue. Manejó hasta Reynosa sin estar consciente de lo que hacía, por su cabeza sólo pasaban esas imágenes de ropa echada en un rincón, objetos desconocidos y usados, velas consumidas y cera regada, rastros de polvo blanco... incluso cucharas quemadas, cerillos usados y gotas de

sangre.

En Reynosa tenía unos tíos que la recibieron y allí durmió sin decir una sola palabra.

Al otro día por la mañana, llamó por teléfono a Josué y sólo le dijo “Vi tu closet, no me vuelvas a buscar nunca”. Después de desayunar llegó su hermano y sin mayor descanso se fueron a Irapuato... otra vez.

Por el camino de regreso ella lloró y lloró, no encontraba la salida. Le dolía pensar en aquel hombre al cual aprendió amar en medio de tanto dolor y ahora se hacía tanto daño. No alcanzaba a entender lo que vio, pero era espantoso. Nunca se lo contaría a nadie, porque ni siquiera lo comprendía.

Ya no había paz en ni uno sólo de los átomos de su cuerpo. Vivía como si fuera a desbordarse, nada contenía sus emociones, no se sentía contenida en ninguna forma, se sentía expuesta y vulnerable, frágil. Se había quebrado toda por dentro.

En su mente no había equilibrio, ya no sabía lo que era bueno o lo que no; veía en cada persona una amenaza, necesitaba un lugar de paz. Era como un ciervo herido en medio de un valle de muerte y nadie alcanzaba a curar sus heridas. Heridas profundas en el alma.

Pasaron los días, luego semanas, Marisol cursó su primer año de preescolar. Después Josué llegó eventualmente a ver a su hija, pero esta vez Montse no se involucraba, ya no. Aun así ella sentía un lazo muy fuerte y vivía recordando lo que vio en aquel closet y al no recibir explicación alguna, fantaseaba con múltiples posibilidades y luego pensaba “tal vez en este

momento está haciéndose daño otra vez, estará perdiéndose en las drogas y no estoy con él ¿cómo se va a detener?” Crecía en ella un sentimiento de protección y con eso también el sentimiento de culpa por no estar allí, cuidándolo.

Era un lazo que parecía una necesidad adictiva, tal vez la adrenalina generada por el estrés desorbitado de sus vivencias en extremo y fuera de límites cabales, pero todo eso era totalmente destructivo, como todas las adicciones. Ella era adicta a Josué y como tal buscaba estar a su lado y al mismo tiempo su razonamiento la hacía entender que debía alejarse.

Como en todas las adicciones, la familia completa estaba afectada por esa situación, ambas familias. Nadie lo podía detener, Josué era drogadicto y Montse era co-dependiente, fórmula nociva hasta la muerte y las familias padecían las consecuencias de los trastornos de un pseudo-matrimonio.

Pasaron tres años, la pequeña Marisol estaba iniciando su tercer año de preescolar y Montse comenzó a desear formar una verdadera familia. Pensaba que si, tal vez Josué nunca sería capaz de hacer una familia estable, entonces por lo menos necesitaba otro hijo; ya no sería sólo Montse y Marisol, con un integrante más podría formar su propia familia. Tomó una gran decisión “La próxima vez que venga Josué le voy a pedir un hijo”.

En esa ocasión hablaron mucho tiempo y él le dijo que realmente no quería otro hijo, pero era necesario que le diera otra oportunidad para arreglar su vida. Josué vio una puerta abierta para recuperar un sueño que no era capaz de construir: tener su propia familia. Quería dejar todo atrás y volver a empezar, necesitaba dejar las drogas y también quería un lugar

estable para vivir. “Podríamos vivir en León o Celaya, donde tú quieras. Dame tiempo, vuelve a tu casa y confía en mí”, dijo Josué.

Montse por primera vez sentía que realmente todo iba a cambiar, estuvieron juntos durante tres días y luego volvió a Irapuato, hasta Marisol con sus cuatro añitos, se veía muy feliz.

Al pasar un mes confirmó que estaba embarazada y le llamó por teléfono a Puebla que era donde se encontraba trabajando, se puso feliz y le dijo:

—Vente unos días, las quiero ver y tenemos que hacer planes.

Las recibió en un bonito hotel y esos días estuvieron haciendo planes para su futuro. En dónde establecerían su hogar, Marisol necesitaba estar en una escuela y Montse debía ser atendida por un doctor durante el embarazo.

—Ya no te vayas, vamos a México a la casa de mi madre, allí nos instalamos para que yo pueda estar viajando a Monterrey y tú te quedas allí acompañada.

“¡Nada había cambiado!” Pensó Montse, “Si Josué necesita estar en México con los amigos con los que creció, con los que siempre se ha drogado, y luego de allí ir a Monterrey donde vivió el peor de los infiernos, entonces nada en su interior ha cambiado ¡Nada!” Montse no iba a correr riesgos, no con una hija de cuatro años y un segundo embarazo. ¿Cómo le explicaría a su niña que iba a estar lejos de sus primos para estar con un papá “ausente” y que en ocasiones actuaría raro?

—No, no puedo. Si ese es tu plan para comenzar, nunca vamos

a llegar a donde queremos. Eso es irreal, verdaderamente no lo deseas. Si tu prioridad es ir de México a Monterrey drogándote y una supuesta familia esperándote, no acepto... Lo siento Josué, me regreso a mi casa allí estoy segura. —Esa fue la última vez que lo vieron, desapareció de sus vidas... pero no era el fin.

*VIII*  
*JULIO 2005*

Montse se encontraba en su oficina, donde trabajaba como coordinadora del área de imagen institucional de la secretaría particular del presidente municipal de Irapuato, cuando vio entrar a Vicky, hermana de Darío, de inmediato se levantó para saludarla:

—¡Vicky! Hola ¿Qué haces por aquí?

—¿Montse? Años sin verte ¿Cómo estás?, ¿Aquí trabajas?

—Sí aquí trabajo ¿cómo ves? Estoy bien, gracias ¿Qué te trae por estos rumbos?

—Estoy buscando la oficina del licenciado Francisco Hernández ¿Lo conoces?

—Sí, te acompaño. —Montse se encaminó con Vicky para guiarla a la oficina que buscaba, en el camino tuvieron una

breve plática. —¿Y... tu familia cómo está? ¿Tu mami, qué cuenta?

—Todos bien gracias. ¿Tú, qué te has hecho?

—Nada, pues trabajar.

—¿Tienes tiempo viviendo en Irapuato?

—Sí, ya como cinco años, de hecho estoy divorciada.

—¡Ah! Pues que caray. Oye me tienes que contar muchas cosas ¿Por qué no nos vamos a tomar un café?

—¡Claro! Tú también me tienes que contar muchas cosas. ¿Puedes mañana en la tarde?

—Sí, te dejo mi teléfono y confirmamos el lugar.

—Pero es un hecho ¿Verdad? Tengo que preguntarte muchas cosas.

—Ya me imagino, pero háblame mañana y nos vamos al café.

—Está bien, mira esta es la oficina que buscas, aquí te dejo. Cuídate, adiós.

—Gracias, bye.

En el café platicaron como dos viejas amigas, realmente habían pasado muchos años desde que Montse y Darío se habían separado, pero el corazón de Montse seguía latiendo por aquel amor que perdió sin darse cuenta de cómo ocurrió. Vicky le contó que Darío tenía un matrimonio estable, tres hijos pequeños y una vida muy abundante y exitosa.

Por un lado Montse sintió gran felicidad porque saber que esa persona tan especial para ella había logrado ser feliz, era una buena noticia, pero en el fondo de su corazón, toda esperanza se rompió. Montse muchas veces trató de encontrarse con Darío, buscó sus datos por internet, con algunos conocidos, pero nunca logró nada. Ahora sabía que fue mejor no encontrarlo porque se hubiera llevado una gran sorpresa al verlo tan feliz con otra mujer. Y esa era la parte que a ella no le alcanzaba a gustar del todo, tenía que asimilarlo.

Vicky la invitó a su casa y después a un desayuno, después Montse se agregó a una reunión semanal a la que asistía Vicky. De vez en cuando recordaban anécdotas del pasado con Darío, pero sinceramente Montse por más que pensaba en que Darío era un hombre felizmente casado, en su interior no se apagaba por ningún motivo el deseo de volverlo a ver.

La amistad con Vicky llevó a Montse por un nuevo camino de esperanza que jamás se hubiera imaginado. Conoció muchas personas con las que podía descubrir un mundo sano, estable y lleno de paz.

Sin embargo, la historia con Josué no terminó simplemente con un adiós para siempre... Un día que Montse estaba en su oficina, su jefa Lety (Lety era su amiga de la prepa, quien en una ocasión la había ayudado con el asunto en el que Josué se quería llevar a Marisol a Monterrey, cuando era una bebé) le informó que irían a visitar la televisora de León para firmar el convenio de publicidad que se realizaba cada año entre la presidencia municipal y la televisora.

Montse muy entusiasmada se preparó para la visita, ese día salieron rumbo a León, viajaban sólo Montse y Lety en el



vehículo particular del presidente y con su chofer.

Justo a la entrada de la televisora, cuando esperaban la confirmación de la cita para poder entrar a las instalaciones, en el celular de Lety se recibió una llamada de emergencia: “Montse te llaman de la escuela de Marisol.” Por supuesto Montse palideció porque si la tuvieron que localizar hasta ese punto, entonces seguramente era algo grave.

—¿Bueno? —contestó Montse.

—Señora disculpe que la interrumpamos en sus ocupaciones, pero el papá de Marisol está en la recepción del colegio y quiere ver a la niña. No sabemos qué hacer porque me parece que ya usted había dejado instrucciones de no dejar que se le acercara ¿cierto? —le explicó la secretaria del colegio.

—¡No! No permita que se le acerque, de ninguna manera. No vayan a dejar que se la lleve. Por favor que Marisol no lo vea porque se va a querer ir con él. —Montse se alteró de inmediato, sólo podía imaginar que Josué se llevara a su hija y no la volvería a ver.

—No se preocupe, la niña no lo ha visto y no le hemos dicho nada, ella está en clases.

—¿Qué pasa Montse? —preguntó Lety.

—Gracias, déjeme resolver algo y en un momento le llamo. —dijo a la secretaria del colegio—. Es Marisol... Josué está en el colegio y es capaz de llevársela, tú sabes Lety. ¿Qué hago?

—No te preocupes. —respondió, luego le dijo al chofer— Sebastián por favor llévate a Montse a donde tenga que ir, la dejas en su casa y por favor después vuelves por mí.

—Gracias Lety, discúlpame por esto. —dijo Montse muy apenada, aunque su preocupación era mayor.

En el camino, Montse llamó al colegio nuevamente para avisar que iba para allá y le informaron que Josué seguía esperando en la recepción.

—Señora ¿qué hacemos con la niña porque en un rato más salen al recreo y desde el patio es posible que lo vea?

—Por favor explícale a la maestra, que invente algo para detenerla en el salón, luego como en media hora.

Al poco rato sonó el teléfono de Montse y era del colegio nuevamente.

—Señora, la directora nos indicó que llevemos a Marisol a su casa, es decir, a la casa de la directora. Para que por favor cuando llegue por ella vaya por la parte de atrás del colegio, esto es para que no tengan que encontrarse con el papá y así evitar que la niña pase por un mal momento.

—Está bien, me parece una gran idea. Dígale a la directora que muchas gracias, ya estoy llegando.

Al llegar por Marisol, la pequeña salió corriendo.

—Mami, hoy me dieron un premio y pude venir con la directora para conocer su casa ¿Ya nos vamos?

—Sí hijita, ya nos vamos. —contestó y la abrazó muy fuertemente, casi quería llorar, pero se contuvo. —¿cómo te fue?

—Muy bien, ¿Mami por qué vienes en este carro?

—¡Ah! Mira, él es el chofer del presidente y nos va a llevar a la casa. Además este es el carro del presidente también y nos lo prestó ¿qué te parece?

En el camino Marisol hacía toda clase de preguntas, pero Montse, con el alma en un hilo, realmente quería llegar a su casa porque se sentía perseguida. No ocurrió nada más en aquellas horas. Las dejaron en su casa y todo transcurrió normalmente.

Pero por la tarde recibió una llamada:

—¿Señora Montserrat? —preguntó la voz de una mujer.

—Sí, soy yo ¿Dígame? —contestó Montse con expectativa.

—Hemos tratado de localizarla, pero hasta hoy nos dieron su teléfono en el colegio de su hija, al parecer es el único dato con el que cuenta el padre de la niña. Es por lo siguiente, hemos detenido al señor Josué por la demanda de pensión alimenticia que usted interpuso para el trámite de su divorcio. Hace tres días el señor Josué estuvo en la prisión de esta ciudad, pero su papá el señor Alberto pagó la fianza y el día de ayer salió libre. Necesita usted presentarse en la agencia del ministerio público mañana para un careo con el señor, ya sea que otorgue el perdón o se le dicte sentencia. Mi llamada es para tomar sus datos y fijar la hora en la que se tiene que presentar.

Montse estaba muda, en un principio no entendía nada de lo que estaba pasando, “¿prisión, demanda, careo?”

—¿Tengo que contestar ahora señorita?

—Normalmente esto no se hace por teléfono, pero no

tenemos ningún otro dato de usted, si me dice su dirección, en dónde trabaja...

—No, no. No quiero que él conozca ninguno de mis datos. Pero mañana no puede ser porque por lo menos tengo que conseguir un abogado que me asesore.

—El señor Josué tiene que volver a México, el careo se ha determinado para mañana, usted fije la hora.

—¿Está bien a la una de la tarde? —dijo Montse sin querer decirlo, no sabía qué era lo que tenía que hacer. La señorita le dio algunas otras indicaciones de dónde presentarse y con quien. Al colgar llamó a su amiga y actual jefa Lety y le comentó lo ocurrido.

—No te preocupes, llámale al abogado que te presenté para el trámite de tu divorcio, él sabrá qué hacer. Y si no puedes venir a trabajar no te preocupes, solamente que aquí me van a preguntar por ti, ya sabes como son.

—Mira le voy a llamar al abogado, luego de lo que me diga te hablo. Yo creo que sí voy a trabajar un rato en la mañana y de allí me voy al ministerio público.

—Está bien, me llamas.

Montse se presentó a trabajar y a las doce y media salió rumbo al ministerio público. Le había pedido a su hermana mayor que le acompañara con su esposo, así que no iba sola.

Al entrar a las oficinas del Ministerio Público, vio de inmediato a Josué y tuvo miedo, su aspecto era el de aquel hombre drogadicto que un día dejó y a pesar de los años que habían pasado, él seguía vistiendo con pantalones rotos,

camisa desabrochada y un arete en la oreja, pero al verlo así ahora le parecía grotesco, ya no eran unos chavitos, eran adultos y estaban en una situación... muy incómoda.

—Hola Montse. —la saludó Josué.

—Hola. —contestó ella, pero siguió de frente, no tenía ninguna intención de platicar con él.

La espera era larga, el abogado de Montse no llegaba y no podían empezar. Josué le pidió un momento para comentarle algunas cosas y se apartaron de la gente unos cuantos pasos adelante.

—Aquí está bien Josué ¿Qué me quieres decir?

—Vamos afuera, aquí hay mucha gente.

—Afuera o adentro es lo mismo, di que me quieres decir.

—Si quieres que esto se arregle vas a tener que seguir mis reglas. No estoy de acuerdo de cómo estás educando a Marisol, ni siquiera sé nada de Paula. No quiero que mis hijas sigan conviviendo con tu familia porque por su culpa nos separamos...

Al escucharlo Montse ya tenía el estómago revuelto, temblaba toda ella, sin embargo, ahora tenía la fuerza para dejarlo allí parado.

—Mira Josué, no tengo nada de ganas de estar escuchando estas tonterías. Tú eres el que debe de querer que esto se arregle, pero veo que no estás consciente de lo que te está pasando. No te voy a seguir escuchando. —dio la media vuelta y allí lo dejó.

—¿Qué te dijo? —preguntó su hermana.

—Es un idiota, ya me quiero ir de aquí. —Montse temblaba porque la presencia de Josué la intimidaba demasiado. Josué se les acercó:

—No sé cuánto pagaste para todo esto.

—¿De qué hablas Josué? —preguntó Montse.

—¿De qué? ¡Me fueron a detener hasta México! Los judiciales me estuvieron golpeando, las esposas me cortaron las manos, mira. —se acercó a Montse para que viera sus manos. De inmediato, como un acto reflejo, Montse se hizo para atrás y le contestó muy sorprendida

—No sabía que esto hubiera ocurrido, pero todo el daño que uno hace se devuelve porque la justicia es de Dios. Y no me alegro, pero ahora veo que lo que te pasa, tú te lo buscas. Yo sólo me quería divorciar y levanté una demanda por pensión alimenticia, pero veo que mismo Dios me hizo justicia.

Hacía tres años había iniciado su trámite de divorcio y para eso debía iniciar una demanda, así que su abogado le sugirió una demanda por pensión alimenticia que era muy fácil de comprobar, el trámite se llevó a cabo por edictos. Pero nunca se imaginó que aquello trajera tales consecuencias. En ese momento llegó el abogado.

—No quiero ningún careo, no quiero darle el perdón, ya me quiero ir de aquí ¿Qué tengo que hacer? —dijo Montse suplicante a su abogado.

—Está bien, ustedes váyanse, yo me arreglo con ellos, seguramente le fijaran una sentencia.

—Está bien, yo me voy. —Al caminar hacia la salida una mujer se acercó.

—Hola, estaba esperando que llegara tu abogado para presentarme, pero veo que ya te vas. Soy la abogada de Josué, su papá me contrató para su defensa, pero conociendo el caso, quiero que sepas que si decides no otorgarle el perdón, eso sería lo justo. Soy mujer como tú y no quiero defender a quien no lo merece, así que te doy mi tarjeta por si algún día lo necesitas.

—Gracias, aquí se queda mi abogado, hasta luego. — Montse no supo que decir, estaba muy sorprendida y sobre todo aturdida, un poco ofuscada por lo que estaba ocurriendo. Salió de allí casi corriendo.

Tiempo después su abogado le comentó que aparte de ser una mujer libre, ahora, gracias al juicio y a las declaraciones de Josué, sus hijas le pertenecían del todo. Ya tenía la Patria Potestad absoluta. Eso fue un gran regalo que recibía sin haberlo siquiera imaginado.

\*\*\*

---

En esos días la mamá de una compañera de Marisol la invitó a un grupo de oración, se hacían cuando venía una monjita llamada Chabelita, esta monja tenía algo diferente, tenía el toque de Dios porque cuando ella oraba, pasaban cosas extraordinarias.

Montse acudió a la reunión porque más que nunca necesitaba encontrar paz en su corazón. Al llegar a la casa de

una de las señoras se dio cuenta que era una reunión común y corriente, sólo habían llegado otras cuatro señoras además de ella. Cada una traía una biblia y todas puestas en pie comenzaron a orar de una manera diferente a la que Montse conocía, pero en su corazón sentía un toque diferente porque no repetían los rezos conocidos, más bien hablaban con Dios como con un amigo, un padre y eso ablandó el corazón de Montse a tal punto que comenzó a llorar.

Montse tenía los ojos cerrados, su cuerpo estaba inclinado hacia adelante en forma de recogimiento, pero no podía dejar de llorar, las demás la tomaron del brazo y la sentaron, una de ellas puso sus manos en la cabeza de Montse y comenzó a orar con más fuerza pidiendo liberación por medio de la Sangre de Cristo.

Montse sintió físicamente que una sombra se apartaba de su cuerpo, era como quitarle opresión a su alma y veía, con los ojos cerrados, como si una luz la estuviera iluminando, esa misma luz la llenaba de paz y de gozo. En un momento sintió su cuerpo completamente suelto, pero Montse sabía que no estaba desmayada porque era consciente de lo que estaba ocurriendo. Sabía que por sus ojos no dejaban de salir lágrimas y esas mismas eran la paz, y la sanidad que tanto había buscado por muchos lugares equivocados.

En un momento se calmó y se incorporó, luego abrió sus ojos y todas las mujeres seguían orando con la biblia en la mano.

—¿cómo te sientes? —le preguntaron.

—Bien, ¿qué fue lo que me pasó? —preguntó Montse.



—Dios te libró de una opresión con la que vivías y le dio una visión a Lucy ¿La quieres oír?

—¿Una visión, qué es eso? —preguntó Montse, pero su voz era suave, hasta parecía que no la podían escuchar.

—Sí una visión. Te voy a explicar: Vi en un momento, que unas cadenas estaban siendo rotas, vi que había siete botes con cerebros dentro y los cerebros tenían agujas clavadas y el poder de Dios rompía todo aquello y tú quedabas libre. —le explicó Lucy, una de las señoras presentes—. Luego vi a un hombre atado de pies y manos, estaba postrado en una cama.

—Esto me asusta, no sé qué significa, pero estuve casada con un brujo, así que puede ser que él haya hecho algo en mi contra. —les explicó Montse.

—¡Dios te ha hecho libre! Eso es lo que importa ¿No te sientes más ligera? —preguntó Lucy.

—Pues, sí, ahora mismo me siento un poco débil, pero sí más ligera.

Después de eso, Montse estaba tan agradecida que apoyó el trabajo de Chabelita lo más que pudo, pero después sintió que necesitaba más que eso. Ver a Chabelita viviendo con tanta carencia por decisión propia, había hecho votos de pobreza y de castidad, vivía sólo de lo que las personas le dieran y aceptaba lo mínimo, no podía aceptar nada extra. Trabajaba de sol a sol en la construcción de lo que sería su convento, ella misma hacía el trabajo de un albañil, dormía en el suelo y no debía aspirar a tener más por los votos a los que se había comprometido.

A Montse eso le parecía que no correspondía al amor de Dios. Si a cualquier papá no le gusta ver a sus hijos padecer, menos a Dios porque él es bueno. Si nosotros siendo malos queremos dar lo mejor a nuestros hijos, cuánto más nos quiere dar el creador de todas las cosas.

Ver los votos de pobreza inventados por los hombres que entendieron mal la humildad que debe salir del corazón, no de la cartera. Montse no entendía y respecto a los votos de castidad, ni qué decir, si Dios había instituido el matrimonio. ¿Cómo podría ser que si quieres servir a Dios tienes que castrar tu vida? ¡Cuándo Dios es vida! La castidad también debe surgir del corazón y no como algo impuesto, más bien algo natural.

Montse conoció la historia de dos jóvenes que se amaban, pero también deseaban servir a Dios, decidieron servir a Dios y se separaron. ¡Qué admirable! Pero, ¿será eso lo que Dios quiere? No era posible que Montse lo entendiera. Dios le había regalado una preciosa libertad así que no cabía en su cabeza un Dios castrante o carente.

¿Y si la iglesia tradicional no tiene la razón? ¿Por qué los servidores no se pueden casar? Si está escrito que el hombre deje a sus padres para formar su nueva familia, ¿y por qué hacen votos de pobreza? Montse había leído en la biblia que Jesús siendo rico, se hizo pobre para que mediante su pobreza pudiera hacernos ricos.

Leer la Palabra de Dios y después hacer lo contrario porque los hombres dicen, no le era en absoluto lógico, así que se alejó de ese grupo, pero siguió buscando a Dios a través de la biblia.

Esto la llevó a sentir una necesidad interior en la que quería saber más allá de lo que una religión puede dar al espíritu, necesitaba una verdadera relación con Dios, pero no sabía cómo llegar a ella.

Recordó el grupo al que asistía con su amiga Vicky y decidió llamarla, allí también estudiaban la Biblia, tal vez ellos le pudieran ayudar.

En la primera reunión a la que asistió escuchó: “Y Jesús dijo, todos los que beban del agua que yo doy, jamás volverán a tener sed”. Montse supo que estaba en el lugar correcto, era lo que buscaba y Dios estaba hablando a su corazón, al final de la reunión oraron y ella volvió a encontrarse con esa luz que le hacía voltear su cabeza al cielo. Montse cerraba los ojos y sentía que su cabeza se movía buscando la luz del cielo y las lágrimas brotaban de sus ojos. Como si esas lágrimas provinieran de Dios para limpiarla.

Un día le preguntaron “¿Quieres que Jesucristo tome el control de tu vida? Pídele que sea el Señor de tu vida.” Y así lo hizo, nunca olvidará aquel día en el que su vida fue transformada por el amor y poder de Dios. Ya no había sido una experiencia ajena a ella, sino que ahora por sí misma podía entrar en esa paz, en ese encuentro de amor, un encuentro con el poder que sana las heridas del alma y trae paz. Realmente conoció que existe una vida de paz interior.

Montse cerró sus ojos y dijo: “Señor Jesús ven a mi corazón, ya no puedo seguir destruyendo mi vida como hasta hoy, me siento tan débil que sólo necesito que tú tomes el control.” Al decir esto su voz se rompió en llanto y ya no pudo parar de llorar. Por su mente corrían todas aquellas imágenes

en las que fue humillada, maltratada, devaluada.

Lloraba por la ternura que sentía, porque a pesar de todo eso que vivió, se sentía amada por aquel que un día le platicaron que había muerto en una cruz por ella ¡era real! Ella sentía su abrazo, no físico, pero sí la paz y el calor del amor en todo su ser. Montse sentía, que llenaba su alma y sanaba todas esas heridas ¡Sí, era real!

Después de esa maravillosa experiencia, necesitaba esos tiempos más a menudo, necesitaba ese consuelo siempre. Y luego comenzó a descubrir que al abrir su biblia, como que un velo se había quitado, ahora la entendía más que nunca y además realmente en ella encontraba respuestas, encontraba historias de personas comunes y corrientes, pero también personas que recibían ¡bendiciones del cielo! “Yo quiero de eso”, pensaba Montse.

Le quería contar a todos que Jesucristo es real y te ama, te abraza y te perdona. Pero todos en su casa la seguían viendo como la misma persona desequilibrada, es más, pensaron que ya había mejorado, pero “ahora esto”, decían.

Montse ya sólo quería abrir su corazón a aquellos que buscaban verdadero consuelo, tenía tanto que contarles, que nada la detenía para darles la buena noticia que un día ella recibió: ¡Dios está vivo y es real!

*IX*

*OCTUBRE 2005*

—Veo que tu trabajo es el mismo Montse —comentó Sara—, veo que no hay un hombre a tu lado que te mantenga o simplemente te invite al cine, veo que los problemas con tu mamá son los mismos, y qué decir de tus hijas, ellas siguen yendo a la escuela y tienes que pagar sus colegiaturas, cuadernos, libros, doctores, ropa; pero en medio de todo esto tú ahora te ves muy tranquila. —Sara era una amiga de la oficina que tenía muchos conflictos en su matrimonio, vivía estresada y de mal humor.

—Vamos a comer y te cuento. —la invitó Montse para poder explicarle detenidamente cómo ocurrió el cambio en su vida.

Al llegar al restaurante comentaron un rato sobre algunos detalles de la oficina, después Sara le contó sobre los problemas en su matrimonio y fue entonces cuando Montse le comenzó a platicar su experiencia con Josué.

—Mira Sara, te voy a contar algo, recuerdo un día en el que iba manejando hacia Puebla, a un pueblito llamado Oriental donde el papá de Josué tenía una casa. Josué es el papá de mis hijas.

—Sí ya sé, ya me habías dicho su nombre. —contestó Sara— ¿Qué pasó en ese viaje?

—Pues mira, esa casa nos la prestaba el señor para llegar a descansar. Ese día Josué venía perdido de drogado, y lo único que hacía era hablarme con maldiciones, ya sabes: maneja bien, ni eso sabes hacer, eres una tonta... bueno en fin. —Montse no quería recordar esos detalles, no podía traerlos a memoria sin sentir que su corazón se conmueve. Entonces continuó:

—Ya llevábamos como dos horas de viaje. Además el viaje comenzó porque después de tres días sin saber nada de él de pronto llegó. Esos días habíamos llegado de visita a la casa de su mamá en México y me dijo “voy a saludar a mis cuates, no tardo”. ¡Tres días después llegó! Lo vi muy mal y sólo me dijo: “Vámonos” ¿Lo puedes creer?

Hizo una pausa Montse porque lo que más le dolía era haberse quedado en esa misma situación, año tras año, no haber podido decir “basta” le provocaba enfado, —Ahora no puedo explicarme por qué toleré tanta estupidez, y perdóname la palabra, pero me molesto conmigo misma. —comentó triste y enojada— Bueno, pero te decía, iba manejando y ya estaba al borde de la locura, mi capacidad de tolerancia se estaba colapsando, él seguía hable y hable, mi hija Marisol tenía año y medio y comenzó a llorar, ¿Sabes que hizo Josué? Me dijo: “Atiende a la niña que no me deja dormir” ¡Yo iba manejando! —levantó la voz Montse sin darse cuenta.

—Amiga, no lo puedo creer. Más bien sí, los hombres están tontos en serio. —contestó Sara para que Montse se calmara un poco.

—Sí Sara, pero no siempre y no todos.

—Claro que sí, siempre son unos idiotas.

—¿Sabes que he aprendido? —preguntó Montse y continuó diciendo— Que en las relaciones debe haber un equilibrio y cuando uno de los dos sale de los límites, el otro debe frenar. Pero yo no frenaba nada, más bien con mi actitud le abría la puerta más ancha cada vez y no supe anteponer un respeto por mi persona. Además nuestras circunstancias nunca fueron normales, siempre estuvieron fuera de toda sensatez.

—No puedo creer que la mujer que tengo enfrente de mí, sea la misma que me estás contando. —dijo Sara muy seria.

—Pero te voy a contar cómo fue posible el cambio del caos a la paz. Sólo quiero que sepas que aún en los momentos más oscuros, allí está Dios cuidando de nosotras ¿Me crees?

—Sí, pues lo estoy viendo. Digamos que estás aquí sana y salva.

—¿Sabes qué supe hace poco, por Marta la hermana de Josué? Que muchas veces él cargaba droga escondida en las llantas del coche para pasarla a Dallas, ¡Íbamos Marisol y yo en el carro y a él no le importó! ¿Crees que no sé ahora que Dios me ha cuidado, aún sin que yo lo supiera?

—¡Claro que sí!

—Te voy a terminar de contar sobre aquel viaje, ya casi termino.

—Sí dime, ibas manejando y luego ¿qué pasó?

—Pues estaba tan harta que detuve el auto a media carretera, bueno me orillé. Me estacioné sobre el acotamiento y me bajé del carro, comencé a caminar y caminar, oía los llantos de mi hija y no tenía fuerza para regresar por ella. Comencé a llorar, pero seguí caminando. —Montse comenzó a llorar.

—Ay Montse, tranquilízate.

—Sí, perdón Sara, es que recordarlo me duele, pero déjame terminar. —Respiró profundo, se secó las lágrimas y siguió— Josué bajó del carro y me gritó: “Si no regresas te voy a dejar aquí.” Sentí que mi cuerpo se estremecía, pero menos fuerzas tuve para volver y seguí caminando, luego me senté en una piedra que estaba allí. Me tapé los ojos con mis manos y escuché como se arrancó y se fue.

—¿Qué?!, ¿Qué hiciste?

—No podía hacer nada, no tenía ánimo, ni fuerzas, mi mente estaba bloqueada. Pasaron muchas horas, se detuvo una patrulla y de lejos me preguntaron “¿Está usted bien?”. Asentí con la cabeza, y volvieron a decirme “¿Necesita algo?”, moví la cabeza para decir que no, se fueron. Luego se detuvo una camioneta con dos hombres que me gritaron... ya sabes... “¡Súbete, te invitamos, etc.! No hice caso. Me dio tanto miedo.

—Ay amiga, de verdad que Dios te cuidó.

—Sí, en serio él estaba conmigo, pero yo no lo sabía. Nunca, en ningún momento siquiera elevé algún tipo de oración, mi mente estaba como nublada. Entonces comenzó a anochecer y hasta entonces me levanté de la piedra y comencé a caminar. Yo no sé cuánto tiempo pasó, de alguna manera creí que Josué volvería, pero no fue así.



—¿Entonces qué pasó?

—Estuve caminando y ya cuando estaba oscuro me moría de miedo... regresó la patrulla, eran los mismos policías, uno de ellos se bajó y me dijo: “No la podemos dejar aquí, acompáñenos.” Creo que estaba temblando, pero me subí a la patrulla. Me preguntaron “¿A dónde va? Y les contesté: “A Oriental”. Ellos me comentaron que estaba muy lejos, que no me podían llevar hasta allá, pero me dejarían en la central de autobuses de la comunidad más cercana. Ni siquiera me acuerdo dónde estábamos. Al llegar me preguntaron si traía dinero y la verdad es que no había pensado en eso, ¡me había bajado sin mi bolsa obviamente! Entonces me dieron un billete de cincuenta pesos. Allí me dejaron ¡¿Te imaginas de lo que Dios me libró?! La verdad no quiero ni imaginar lo que esos hombres hubieran podido hacerme, pero para mí fueron como unos ángeles.

—¿Te fuiste a tu casa?

—No, tenía que ir por Marisol, así que me fui para Oriental.

—¡No lo puedo creer! ¿No tenías miedo?

—Claro que sí, pero más miedo me daba pensar en Marisol sola, no era una situación sana para la niña.

—No claro que no, me imagino a tu chiquita preguntando por su mami y quién sabe qué le diría su padre. ¿Y a qué hora llegaste?

—Bueno, pues llegué en la madrugada. Llegué a una esquina donde paraba el camión para bajar a los pasajeros que tenían ese destino, pero sólo bajé yo. No conocía el pueblo y

estaban las calles desiertas; era un pueblito y en la madrugada no había nadie, hacía muchísimo frío, comencé a caminar sin saber hacia dónde ir, después de un rato llegué a la casa, reconocí la fachada. Créeme que también fue Dios guiándome, en serio no tengo otra explicación. Toqué y salió un mozo que tenía allí trabajando de toda la vida, así que me dejó pasar. Cuando llegué a la habitación, Josué me dijo: “¿Cómo llegaste?, ¿Pues qué favor hiciste para que te trajeran?”, ¿Qué idiota no crees?

—¿Eso te dijo? Vaya que era un desgraciado, estaba loco.

—Pues, era un hombre enfermo de todas sus facultades: mentales, alma y espíritu... hasta el cuerpo lo tenía enfermo.

—¿Cómo puedes hablar así de él? ¡Estaba loco!

—Sí es cierto estaba mal, pero ahora veo desde lejos las cosas y veo que yo no estaba tan cuerda que digamos, allí estaba, en el mismo pantano. —al decir esto, Montse hizo un gesto de repudio y tristeza.

—Pues sí, es cierto amiga, discúlpame que te lo diga, pero yo creo que sí habías perdido el piso.

—Ese es otro milagro que hizo Dios en mí al devolverme el equilibrio mental y emocional. Porque uno puede fingir que todo está bien, pero por dentro estás hecha pedazos. Y te lo digo muy en serio, ahora me siento estable, tranquila. Las batallas de la vida continúan, pero por dentro estoy bien.

—¿Es posible sentirse tranquilos por dentro? Nadie se siente tranquilo, estable y feliz en su interior.

—Claro que sí, la mayoría de las personas fingimos lo que

realmente hay en nuestro mundo interior, pero por las palabras de una persona puedes darte cuenta si es feliz o no, si tiene amargura o no, si trae conflicto interior o no.

—¡Ah! Pero nadie puede estar perfectamente estable y feliz.

—Pues no, claro que no. No hay perfección, pero tranquilidad y paz es un gran, gran regalo que sólo Dios te puede dar. Bueno déjame te sigo contando. —dijo Montse

—Si, a ver ¿Qué hiciste?

—Pues yo no estaba bien, nada bien. Sólo quería dormir, pero él me dijo: “No te quiero aquí, así que a ver en donde te duermes.” Y me fui a dormir al otro cuarto, no estaba acondicionado porque como nunca hay nadie, la cama no tenía cobijas, sólo la colcha y todo estaba lleno de polvo, así que me acosté encima del colchón y me tapé con la simple colcha, así me dormí y por allá hace mucho frio, del coraje creo que ni lo sentí. —Montse guardó silencio unos instantes recordando todo aquello y agregó— Luego, pasaron algunos días, rescaté a mi hija y lo demás es otra historia. En resumen me escapé de él con mi hija y con mi bolsa en mano, me aseguré de llevar dinero, agarré el carro y me fui.

—¡Vaya! Es increíble que estés contándome esto. Es terrible Montse.

—Ahora que conoces esta historia, ¿Puedes pensar en el amor incondicional de Dios y cómo nos rescata de los peligros más profundos?

—Pues ¿qué te digo?... Yo creo que corraste con mucha

suerte, la verdad. Porque Dios no tenía la culpa de que ustedes dos estuvieran tan locos.

—Tienes razón, —dijo Montse riendo—, Dios no es culpable, simplemente nosotros tomamos malas decisiones. Y nos envolvemos en vidas destructivas con absoluta inconsciencia. Lo que te puedo decir, es que más allá de la mala suerte o buena suerte somos nosotros quienes decidimos. Pero yo puedo ver la mano de Dios interviniendo en todo momento y nos rescata de grandes peligros. —Luego Montse tratando de recordar el amor de Dios que es lo que la sostiene, agregó:

—¿Sabes? Cuando yo era niña platicaba con Dios. Yo creo que siempre ha estado conmigo, solamente que fui yo quien le dio la espalda, pero con todo su amor me dejó caminar y sólo estuvo interviniendo para cuidar de mi persona, él estuvo esperando a que yo volviera mis ojos a él.

—¿Tú crees? Pero Dios está muy ocupado para cuidar esos detalles.

—¿Qué te pasa? A poco cuando tú estás ocupada cocinando y tu hijo pequeño va a tirarse encima el sartén de aceite caliente ¿no corres y lo rescatas?

—Ah, pues sí. ¿Te imaginas que clase de madre sería si lo estoy viendo y no lo ayudo?

—Dios es todopoderoso y nunca estará tan ocupado que no pueda velar por ti. Y si no lo hace ¿qué clase de Padre sería, no?

—¡Eso sí! Tienes razón ¿Pero porque no te libró de ese hombre?

—Porque fui tan terca que a pesar de todo en contra, yo seguí adelante con él. Y ante nuestra terquedad, él no puede hacer nada, él no hace nada a la fuerza, nos deja decidir. Y yo decidí una y otra vez volver con ese hombre.

—¿Me puede ayudar a mí?

—Amiga, Dios te ama, sólo tienes que buscarlo, te está esperando. Háblale, te quiere escuchar, búscale, quiere sanar tus heridas. Y sobre todo quiere restaurar tu matrimonio, él tiene el poder ¡Es Dios! No necesitamos más, solamente necesitas a aquel quien murió por ti en una cruz, por amor. El mismo poder creador del universo, quien sostiene los cielos, las estrellas, ese mismo poder actúa en tu vida en la medida que tú se lo permitas, de acuerdo a su voluntad.

—A ver, a ver, dime una cosa ¿Cómo fue que de repente cambiaste de ser una mujer triste, seria, medio amargada? ¡La verdad amiga! Perdona que te lo diga, y ahora hablas de Dios... así como si fuera tu gran amigo.

—Sí, tienes razón. Hubo un día muy especial, pero no creas que fue hace mucho, apenas hace unos meses, me preguntaron si quería recibir a Cristo en mi corazón y dije que sí. A partir de ese día nació en mí un deseo de saber más acerca de Jesús y el único lugar seguro para leer de él, pues es la biblia.

—¡Ah! ¿No me digas que ya te hiciste bien mocha?

—No ¿Me ves mocha?

—No, hasta eso no. Bueno hablas mucho de Dios, con verdadero amor.

—Esa es la diferencia. Nadie me ha sermoneado, ni nada

de eso. Me he dedicado a leer la Palabra de Dios y he aprendido a ver a un Jesús que no conocía, en serio me apasiona conocerlo.

—¿Te apasiona? Ahora sí me asustas.

—¿Por qué?

—¿Conocer a Jesús?, ¿Pasión por Jesús? ¡Cálmate!

—¡Oye! Gracias a él me siento diferente, me siento tranquila; la relación con mis hijas ha cambiado, disfruto venir a trabajar y todo en mi interior ha cambiado. Él es real y sólo quiero conocer a quien ha hecho todo eso por mí, por eso leo la biblia.

—¿Qué te dicen en ese lugar al que vas? ¿Por qué hablas así de Dios?

—¿Sabes por qué? Porque él me vio cuando ya nadie me veía, me amó cuando ya nadie me amaba y confió en mí cuando ya nadie confiaba. Además aprendí que Dios nos ama como a sus hijos, a pesar de nuestras fallas, a pesar del pecado. Él nos ama y nos está esperando siempre. Nunca me dijo: “Si eres divorciada ya no puedes venir a mí” ¡Jamás! Por supuesto que no, al contrario él nos limpia para que podamos estar a su lado.

—¡Vaya! Ahora sólo falta que me digas que también ama a Josué, por ejemplo.

—Claro que sí. No acepta su pecado, pero lo ama y lo está esperando. Si él volviera arrepentido a Jesucristo y cambiara su manera de vivir, seguramente Dios estaría feliz de recibirle.

—¡No pues eso sí está difícil! ¿Cómo perdonará todo lo que

te hizo? ¿Cómo perdonará todo el dolor que causó a sus padres, a sus hijas, a él mismo?

—Nosotros no lo podemos entender, por eso él es Dios y no vino para juzgarnos, porque él conoce que somos pecadores, pero a todo aquel que se arrepiente, lo recibe y lo perdona, aún a Josué y a otros peores.

—¿Y si nos arrepentimos de todo, nos ayudará? ¿Crees que pueda salvar mi matrimonio?

—Claro que sí, eso es seguro ¿Quieres recibir a Jesucristo en tu corazón?... Espérame no me contestes, vamos a mi casa, tengo que llegar con mis hijas, ya es tarde.

—Mejor te invito a la mía, mi esposo me está esperando.

—Bueno, te llevo a tu casa y en el camino platicamos.

*X*

*SEPTIEMBRE 2008*

—¡Mamá!... mami ¿dónde estás? —entró corriendo a su casa Marisol.

—Aquí, ¿qué pasa?

—¡Mamá! —Marisol lloró y se abrazó de Montse.

—Hija me asustas ¿qué te pasa?

—Estuve platicando con mi abuelo por internet... me dijo que mi papá está muy grave... mamá ¡ya se va a morir!

—¡Ay hija, qué barbaridad! Tranquilízate y cuéntame qué pasó, qué te dijo.

—Mira, vi que estaba conectado y lo saludé. Me contó que estaba en Houston atendiendo unos negocios y luego le pregunté por mi papá. Me contó que mi papá está muy enfermo de hepatitis y con su problema de diabetes se le había complicado. Además por toda la droga que se mete, se le afectó el riñón.

—¿Eso te dijo tu abuelo?!

—Sí, también me dijo que está solo en un cuarto y nadie lo va a visitar. Mamá yo quiero estar con él.

—¡Marisol, eso no es posible! No podemos ir allá. Además primero hay que hablar con tu abuela para cerciorarnos del estado de tu papá.

—Mamá, pero ya le pedí dinero a mi abuelo para ir a verlo. Sinceramente yo quiero estar con él ¿Si se muere y no lo veo?

—Eso no va a pasar Marisol... ¿Le pediste dinero a tu abuelo y qué te dijo?

—Pues que sí, que es urgente que vayamos.

—Ay Dios mío, ¿qué me estás diciendo Marisol? ¡Ver a tu papá!, ¡¿Se está muriendo?!

—Mamá acompáñame por favor, tenemos que ir. —dijo



Marisol con lágrimas en los ojos.

—Déjame asimilar lo que me estás diciendo —Montse se paseó de un lado al otro, no era posible que eso estuviera pasando— ¡Hay que hablarle a tu abuela!

—Si mamá, yo le marco. —de inmediato tomó el teléfono para hablar con su abuela, luego le pasó a su mamá.

—Señora ¿cómo está? —Saludó Montse.

—Pues bien Montse, gracias, qué te puedo decir. —contestó con un tono serio y se escuchaba en su voz una total frialdad, no como en otras ocasiones que se le escuchaba contenta por saludar a sus nietas, ahora no, ahora era como un tempano de hielo.

—Me dijo Marisol que Josué está muy mal ¿es cierto eso? —Preguntó Montse haciendo caso omiso al tono de la señora.

—Sí Montse, yo creo que ya se va a morir. —contestó tajantemente.

—¡Señora! Pero... —a Montse se le conmovieron toditas las entrañas, tragó saliva y preguntó. —¿Cómo está él?

—Muy mal Montse, se ve muy mal. —La señora no salía de su actitud congelada, tajante, hasta un poco enfadada, pero Montse interpretó su frialdad con el profundo dolor de madre que seguramente estaba viviendo.

—Dice Marisol que quiere ir para allá.

—Pues sí, que bueno que vengan a despedirse. Si quieres pueden quedarse aquí en la casa.

—Muchas gracias, yo creo que sí. Ya nada más que el abuelo le deposite a Marisol y vamos para allá.

En tres días ya estaban en México, Montse, Marisol y Paula iban muy nerviosas porque iban a ver a Josué después de muchos años. Ahora estaría muy mal y ¿quién sabe cómo se vería? Y... ¿si realmente es la despedida?

—Hola primo ya llegamos, estamos en la central. —Se comunicó Montse por teléfono con su primo Mario porque había quedado que él mandaría a recogerlas para que no corrieran ningún peligro en la ciudad. Mario la había invitado a quedarse en su casa porque la abuela les comunicó de último momento que Josué se quedaría también en la misma casa y a Montse no le gustó la idea de dormir todos bajo el mismo techo.

—Hola Montse —le contestó Mario— Ricardo va para allá, no debe de tardar, espéralo junto a la caseta de taxis.

—Está bien, aquí lo esperamos, gracias.

Vio a Ricardo de lejos y se encaminaron para saludarlo:

—Hola Ricardo ¿cómo estás?

—Bien, bien gracias ¿ustedes qué tal? —Saludo Ricardo, esposo de su prima Marcela, hermana de Mario. Les ayudó con las maletas y les guió hacia donde estaba estacionado el carro.

—Bien gracias... —contestaron con desánimo, pues ya sentían angustia, tristeza, nerviosismo, expectación.

—Así que vienen a ver a Josué. —preguntó Ricardo

—Al parecer está muy mal, nos dijeron que es posible que

ya se vaya a morir. —contestó Marisol

—¿Entonces está en el hospital?

—No, está con su mamá, no sabemos bien cómo es que está tan enfermo y no está hospitalizado, pero no sabemos nada en realidad.

Llegaron al carro, subieron las maletas y se encaminaron a la casa de la abuela.

—¿Y hace mucho tiempo que no lo ven? —preguntó Ricardo.

—Mira, nosotros nos separamos hace diez años, entonces Paula tenía un añito, ahora tiene diez. Hace dos años que supimos que según esto también estaba muy mal, ya se iba a morir y mira, sigue adelante, aquella vez venimos sin avisarle a nadie, comimos con él y con toda su familia y nos regresamos ese mismo día. —platicaba Montse.

—Y antes de eso ¿no lo habían visto?

—No, realmente Paula no lo conocía. Pasaron ocho años para que lo volviéramos a ver.

—¿Todos esos años sin verlo? —Ricardo recordaba haber conocido a Josué cuando apenas se había casado con Montse, así que la noticia le impactaba en cierta manera.

—Así es, todos esos años... en aquella ocasión que te cuento que venimos y no le dijimos a nadie, fue porque Paula me pidió venir a verlo, quería conocer a su papá antes de que falleciera, lo vimos mal ya desde aquella ocasión y ellas mismas me pidieron no volver a verlo.

—Sí mamá, pero hace como un mes yo te decía que quería buscarlo porque estaba preocupada. —Agregó Marisol, porque era la más afectada. De alguna manera ella recordaba a su papá... pues como un buen papá. Ella había crecido con él hasta sus seis años que fue cuando hubo la separación definitiva y no supieron nada de Josué hasta esas fechas.

—Ya sé que lo querías buscar, pero tus mismos abuelos te dijeron que no era conveniente porque no estaba bien. —contestó Montse.

—¿Ya estaba enfermo?- preguntó Ricardo.

—Desde hace dos años que lo vimos supimos que tenía esquizofrenia y bipolaridad, el trato con él era diferente, se veía mal. Sus comentarios estaban fuera de lugar siempre. Además nunca dejó las drogas, esa fue su peor enfermedad, realmente lo destruyeron. —contestó Montse.

—Mamá podemos pasar a comprar algo de tomar, tengo mucha sed y hambre —dijo Paula interrumpiendo la plática.

—¿Podemos parar en algún lugar Ricardo? —preguntó Montse, pues antes de llegar con Josué quería que sus hijas estuvieran tranquilas y por el viaje ya les estaba dando hambre.

—Sí claro, me detengo en una gasolinera y allí hay tiendas.

—Gracias tío —contestó Paula.

—Montse, pero independientemente de lo que él hacía, es decir, que era brujo y todo eso. Él era como muy listo ¿no? —preguntó Ricardo.

—Te puedo decir que cuando me casé con él, lo admiraba porque tenía un gran carisma. Pero tenía una carencia tan profunda que necesitaba llenar, y por desgracia, como muchos otros, su camino fue la droga. —comentó Montse con tristeza en la voz— Pudo haber sido un gran ser humano, pero las drogas lo aprisionaron de tal manera que lo destruyeron.

—¡Qué barbaridad!

—Vas a pensar que estoy loca, pero todavía creo que hubiéramos sido un buen matrimonio, sino hubiera quedado esclavo de las drogas. Y mis hijas perdieron al gran padre que hubiera podido ser. Me siento tan frustrada e impotente ante tal situación,

—Mira aquí me detengo para que bajen a comprar algo.

Al llegar a la casa de la mamá de Josué, todos se bajaron del auto, tocaron el timbre. Salió la señora y detrás venía Josué caminando muy lento.

—Mami, me quiero ir, yo no me quiero quedar aquí. Mami tengo miedo. —dijo Paula al verlo, dio dos pasos atrás y comenzó a llorar. Marisol al ver a su papá también comenzó a llorar.

—Tranquila Paula no te preocupes, no te vas a quedar si no quieres —contestó, luego dijo— Ricardo ¿te puedes llevar a Paula contigo?

—Sí, claro que sí, no te preocupes.

Paula se abrazó a Montse con mucho temor y le dijo llorando: —Mami, dile a mi papá que lo quiero mucho, pero no lo quiero ver así.

—¿No se van a quedar? —preguntó la señora molesta. Y al mismo tiempo le dijo a Josué— No salgas métete, ahorita vamos.

—No abue, yo sí me quedo —contestó Marisol llorando.

—Mami, me quiero ir —dijo Paula.

Montse sentía una gran presión, sentía tristeza por sus hijas ¿cómo era posible que tuvieran que ver así a su padre? Sentía también su corazón oprimido por el aspecto de Josué, ahora se veía con una delgadez casi cadavérica: pómulos sumidos, ojos saltados, boca como chupada... por la infección en el hígado el color de aquellos ojos grandes y redondos era de un amarillo muy peculiar, su cabello siempre largo, ahora lucía muy escaso y despeinado. No lo podía creer estaba irreconocible y además causaba temor ¿cómo alguien puede convertirse en algo así? Y luego el enojo de la señora.

—Mire señora, sí nos vamos a quedar Marisol y yo —y agregó— Marisol ¿segura que te quieres quedar?

—Sí mamá —contestó Marisol tratando de sobreponerse.

—Ricardo, te encargo a Paula —Se despidió de Ricardo y luego le dio un beso a Paula.

—Montse, no sé por qué se ponen así, les dije que Josué estaba mal. —comentó la señora y ahora que Montse la veía de frente se daba cuenta de que todo su dolor lo convertía en enojo. Así que conservó la calma.

—Bueno, ya estamos aquí. —dijo Montse muy seria—. Vamos a entrar.

En la casa percibieron un frio estremecedor, la casa era oscura de por sí, pero la situación provocaba que el ambiente se tornara sombrío. Saludaron a la abuela de Josué, una señora mayor que se mostraba amable, respetuosa y tolerante. Se ubicaron en la sala y enseguida llegó Josué caminando muy lento, pues sus pies hinchados no le permitían caminar con normalidad.

—No me gustan los rechazos —dijo tajantemente al entrar, ni siquiera saludo.

—No, perdón papá, es que no sabíamos que hacer. —dijo Marisol llorando. Estaba sentada y se veía que no podía moverse, su cuerpo temblaba.

—Si no quieren estar aquí, mejor váyanse. —contestó Josué y se sentó.

—Venimos a verte —le contestó Montse.

—Pues sí, pero a mí no me gustan los teatritos y menos en la calle.

Montse pensaba “¿Qué está pasando aquí? Todos están tan enojados, sería mejor no haber venido”, después oró en silencio: “Señor Jesús sálvanos, estamos aquí para despedirnos de Josué, si es que es tu voluntad que su vida termine pronto, pero veo peligro, Señor tu protégenos de todo mal.”

Mientras Montse oraba, Marisol hablaba con su papá y poco a poco él fue tranquilizándose, pero no por mucho tiempo.

—¿Se van a quedar a dormir Montse? —preguntó la abuela.

—No, en realidad no podemos. —contestó de inmediato.

—Pero dijiste que se iban a quedar ¿ahora cambias todo?  
—contestó la señora muy alterada.

—No abue, es que a la mera hora me dijeron que tengo que presentar un examen en la escuela. —respondió Marisol.

—Sí como no —dijo Josué— Si no querían venir para que vinieron.

—Papá, en verdad te quería ver, le pedí a mi mamá que me acompañara —dijo Marisol y volvió a llorar.

Pero la discusión no terminó nunca, era una y otra cosa, Josué y su mamá estaban muy enojados. Montse y Marisol trataban de sobrellevar un diálogo, pero se volvían a enojar una y otra vez, por una cosa, por otra. Finalmente Josué se levantó y dijo:

—Mejor váyanse ya, no las quiero aquí.

Montse se levantó inmediatamente y Marisol titubeo, pero tuvo que caminar atrás de su mamá para salir de allí, no quería quedarse. La abuela la alcanzó y le dijo:

—Marisol, si se van, esta relación termina para siempre. — Salieron dejando todo atrás. Terminaba una historia que comenzó mal e igual fue su fin. Caminaron sin voltear atrás.

Un mes después, Marisol llamó por teléfono a su mamá y le dijo: “Mamá, mi tía Marta, me escribió un email, dice que mi papá se murió hoy y lo van a incinerar.”

Lloraron juntas sin poder hacer nada. Después de ese email nadie les avisó nada más, ni siquiera una llamada por



teléfono. Ni le llamaron, ni ella llamó, Montse no necesitaba escuchar reclamos ni groserías. Ella sabía que ésa historia había terminado para siempre y no había nada más que hacer.

Ese fin de semana, Montse no sabía qué pasaba con ella, no entendía, pero sentía un gran dolor. Había amado a un hombre que nunca fue lo que debió haber sido en realidad. Esos días sólo recordaba los momentos en los que fue feliz junto a él. Habían sido pocos, pero existían. Ella sentía que un velo se le quitaba de los ojos y lograba ver el verdadero motivo por el cual había vivido junto a ese hombre ¿Cuántos años vivió Montse pensando en el motivo que la había llevado a casarse con él, por qué no lo había dejado para siempre desde la primera vez que lo dejó? “¡Realmente lo amé!” se dijo a sí misma con gran sorpresa.

“Hubiera sido un gran ser humano porque era sensible, tierno, carácter firme y decidido, brillante para trabajar y crear... pero algo lo destruyó desde muy pequeño y nunca logró recuperarse. Todo lo que hacía con los talentos con los que fue provisto para vivir, eran usados para destruir y lastimar, así como él estaba por dentro... y así terminó su vida.”

Montse muchas veces había clamado a Dios con gran dolor por la vida de ese hombre, por la restitución de la vida de aquel que dio vida a sus hijas.

Lo había perdonado hace mucho como un milagro de Dios en su interior. Y con la fe puesta en su amado Jesucristo pidió intensamente para que Josué se levantara y las cadenas de la drogadicción fueran rotas.

Ahora no sabía qué era lo que había pasado, sus oraciones

no era posible que quedaran en el aire sin respuesta y entonces Dios habló a su corazón.

Montse leyó un versículo que decía: “Los cielos cuentan la obra de tus manos.” Entonces recordó que dos meses antes había visto dos arcoíris de colores intensos que se dibujaban en el cielo después de una tranquila lluvia al atardecer. Esa

ocasión Montse recordó que tenía una promesa de paz y salvación para ella y para Josué, por eso recordarlo ahora, para ella era la respuesta de Dios confirmando la salvación de ese hombre, pese a lo que cualquiera pueda creer.

## *XI*

### *FEBRERO 2009*

—Hola Montse, ya estoy en Irapuato. —saludó por teléfono Darío.

—¡Uf! Eso me da gusto. —contestó y sin darse cuenta tragó saliva— pero estoy nerviosa por verte.

—Hace tantos años... apenas voy llegando con mi mamá, ¿Nos vemos para comer?

—Eso estaría bien, nada más que voy a comer con mis hijas, mejor nos vemos más en la tarde ¿te parece bien?

—Bueno, está bien para no andar presionado en tiempo,

aunque ya te quiero ver.

—¿Cómo te fue de viaje? —preguntó Montse para cambiar el tema porque le ponía nerviosa el saber que en breve tiempo lo volvería a ver.

—Bien, me siento un poco cansado, pero eso no me quita las ganas de verte.

—Si te entiendo... yo también estoy feliz de volver a verte. —dijo con el ánimo apagado y con voz nerviosa— ¿Darío, si esto no resulta? No te quiero volver a perder.

—¿De qué hablas? Claro que va a funcionar, pero no nos adelantemos, yo no tengo ninguna duda, pasaron tantas cosas y ahora podemos intentarlo de nuevo.

—Ya no es lo mismo y no estamos para intentos falsos, eso me da inseguridad. —titubeó Montse y se hizo el silencio por unos instantes.

—Bueno, mejor hablamos cuando estemos juntos ¿te parece? Montse, no me gusta escucharte desanimada.

—Sí está bien, tienes razón, entonces... hasta la tarde ¿no es eso muy pronto?!

—No, eso es muy lejano, ya quisiera verte en este instante.

—¡Ya sé! Yo igual —se rió y dijo— Bueno, hay que esperar, me llamas.

Después de un largo proceso de ajustes y reajustes, Montse y Darío se verían por primera vez en una “cita” para platicar, reconocerse y descubrirse como dos adultos con hijos y con un

pasado que han dejado atrás para ahora reinventar sus vidas y retomar la historia que habían dejado pausada por más de veinte años.

Estuvieron en contacto por teléfono y por email durante más de un año, aunque Darío estaba casado, en realidad lo que ocurría al interior de su casa era lo contrario. Hacía tiempo que habían decidido separarse, incluso dormían en cuartos separados y solamente cohabitaban para guardar las apariencias.

Cuando Darío le escribió a Montse aquel cumpleaños, fue porque en realidad en su corazón latía el recuerdo de ese gran amor y pensó que quizá su amistad le ayudaría a sobrellevar una vida tan fría y calculada... negocios, viajes, lujos, vida social, pero nada de amor.

El tiempo y las circunstancias se alinearon sin ser forzadas, simplemente todo tomó su cauce y ahora se darían la oportunidad de reanudar lo que siempre habían anhelado.

—¿Sabes por qué te pedí que me invitaras a Guanajuato?  
—preguntó Montse cuando iban en carretera.

—Sí me imagino, pero quiero que tú me lo digas. —  
contestó Darío, la volteó a ver y siguió manejando.

—Es porque hace dos años la vida nos reunió allí, tú ibas todavía con tu esposa y yo estaba esperando por ti desde hacía ya mucho tiempo. —Montse era muy romántica y a veces abría su corazón aún sin quererlo.

—¿Ah, sí?, ¿me estabas esperando? —preguntó Darío al sentirse alagado. Hacía mucho tiempo que no se sentía

abrazado en su interior, así que esos comentarios lo sorprendían—. ¿Puedo? —Y sin dejar de manejar extendió su mano para tomar la de Montse.

—¡Claro! —ella se sonrojó, pero tomó su mano como si nunca la hubiera soltado, pero habían pasado años—. Y sí, te espere, ¿o crees que soy tan horrible por lo que no salía con nadie? —Montse cambió el tono para bromear un rato, se sentía muy feliz. Al estar junto a él toda duda se disipaba y se aferró a su mano, ya nunca la soltaría.

—Mucho tiempo pensé “¿Y si Montse un día se vuelve a casar y yo no logro ser feliz nunca con mi esposa?” —La volteó a ver y apretó su mano.

—Pero mira el tiempo madura las cosas y deja todo en su lugar. —contestó Montse con una sonrisa, los ojos le brillaban.

—Ya todo se ve diferente después de que pasó la tormenta. —comentó Darío con una mirada perdida en recuerdos, recuerdos que no eran gratos, pues su semblante cambió, entonces tomó el volante con las dos manos.

—Es cierto, pero cuando hay calma, sé que Dios está aprobando las circunstancias. —comentó Montse y arrebató su mano del volante para sacarlo de aquel pensamiento y hacerse presente.

Darío sonrió y dijo:

—Pues mientras... ¡disfrutemos la calma! —acarició el pelo de Montse y volvió a tomar el volante—. Siempre me gustó tu cabello...

—¿Te parece si vamos al café donde te volví a ver? Allí es

muy agradable sentarse a ver la gente pasar.

—¿Quién quiere ver gente, Montse?

—Bueno, quiero decir que mientras platicamos, porque tengo muchas cosas que preguntarte.

—Tú puedes preguntar todo lo que quieras.

—¿Seguro Darío, lo que sea?

—Sí, porque quiero que tú también me saques de muchas dudas.

—Bueno, pues fuera secretos ¿no?

Después de dejar el carro en un estacionamiento público, caminaron por las calles con toda calma, era como si el tiempo pasara para todos y ellos estuvieran suspendidos en un sueño en el que casi flotaban.

Llegaron a la escalinata del Teatro Juárez y desde allí vieron la actuación de un mimo rodeado de muchos jóvenes. En realidad ellos se sintieron igual de chiquillos porque se habían transportado a aquella época en donde habían dejado su historia. Tomaron un helado caminando por la plaza, se sentaron en una banca para escuchar a un mariachi que entonaba la conocida canción de “hermoso cariño”, una canción que era un sello entre ellos. Montse lloró un poco al escucharlo cantarle nuevamente y él la abrazó.

Después caminaron para entrar a una tienda de antigüedades. No hablaban del pasado, más bien se reconocían uno al otro como descubriendo nuevamente lo que ya les era familiar. Luego llegaron al café.

—Siempre te guardé en lo más profundo de mi corazón, habías sido un recuerdo intocable, invaluable. Y ahora estás aquí conmigo. —dijo Darío viéndola a los ojos. Se había sentado muy cerca de ella, y aproximó su silla aún más.

—Es como algo surrealista ¿no? Pasaron tantas cosas y hoy es como si no hubiera transcurrido el tiempo. —contestó Montse dejándose envolver en esa mirada profunda de Darío que había anhelado tantos años.

—Eres la misma ¿sabes? —La veía en la profundidad de sus ojos, sin ver en ella el tiempo, ni la madurez, simplemente reconocía en su ser, aquella mujer que había amado.

—Nunca nadie me vio como tú me ves, ni nunca nadie tomó mis manos como tú lo haces. —susurró Montse porque ya estaban muy cerca.

—Gracias por esperarme Montse.

—Gracias por volver Darío.

Los dos se rieron y Darío le llamó al mesero.

—La carta por favor. ¿Qué se te antoja, quieres cenar Montse?

—No, realmente no tengo hambre, pidamos algo para los dos.

—Muy bien, vamos a ver aquí que sirven.

Sus ojos hablaban de lo que ellos no se atrevían a decir, había un resplandor a su alrededor, sus cuerpos inclinados uno hacia el otro, al hablar se tocaban las manos, el pelo, los brazos,

transcurrieron las horas y la plática no terminaría nunca. A media noche decidieron regresar porque las hijas de Montse la esperaban.

—¿Te veo mañana? —preguntó Darío al llegar para dejarla en su casa.

—Sí, por supuesto. ¿Tú quieres?

—Claro... Fue un día muy especial para mí Montse.

—También para mí. Creí que iba a ser más difícil, realmente sentí que no habían pasado los años, somos los mismos.

—Así que este es un nuevo comienzo. ¡Hay más Montse! Si tú me lo permites, hay más para nosotros.

Montse sonrió y dijo: —Démosle tiempo al tiempo, sin presionar las circunstancias. Dejemos que esto corra a su paso natural ¿Te parece?

—Así será, no hay más... Pero ya quiero ver lo que falta.

Montse volvió a sonreír y entró a su casa.

Después de ese primer encuentro hubo otros, cada vez era más la confianza, comenzaron a entrar en detalle sobre su pasado.

—Lo que me cuentas me deja muy sorprendido. —dijo Darío viendo fijamente los ojos de Montse. Necesitaba tratar de entender.

—No me veas así. Me haces sentir culpable. —contestó Montse y esquivó su mirada.



—Es que... esa mujer que me cuentas no es la misma que yo conocí. —Se levantó Darío del sillón de la sala de Montse y caminaba de un lado al otro. Se habían reunido allí porque Montse le dijo: “Tienes que conocer mi historia con el papá de mis hijas, te invito a mi casa.” Pero Darío nunca se imaginó esa historia tan... tan así como fue.

—Darío, pero la que ahora ves aquí sentada es una Montse restaurada. Si me permites te voy a contar una anécdota que escuché tiempo atrás en una conferencia. El conferencista mostraba a su audiencia un billete de doscientos pesos nuevecito, limpio, sin arrugas, luego preguntó ¿Quién lo quiere? Muchos alzaron la mano y entonces él cerró su puño arrugando el billete, lo hizo bolita con una actitud casi violenta, después lo echó al piso y lo aplastó, lo pateó varias veces.

—¿Para qué me cuentas esto? —Interrumpió Darío, la escuchaba de pie un poco perturbado.

—Déjame terminar para que entiendas a lo que voy — entonces se sentó más calmado para entender lo que le quería explicar, ella continuó hablando—. No había sentido en lo que hacía el conferencista ¿verdad?, pero todos estaban muy callados observando. Después de arrugar, empolvar, pisotear y casi romper el billete; el hombre se agachó para recogerlo, lo extendió, lo sacudió y dijo: “Y ahora ¿quién lo quiere?” Algunos pocos levantaron la mano, entonces agregó “¿No importa que esté empolvado, golpeado y casi roto, verdad? En realidad vale lo mismo. Quien lo quiera venga por él”, dos o tres corrieron y al primero que llegó le fueron entregados sus doscientos pesos.

—Pero Montse no tienes que... —volvió a interrumpir Darío, pero Montse no lo dejó terminar.

—Permíteme, ya casi termino. —continuó— El conferencista finalizó con un comentario: “No importa lo que pasó con este papel, porque lo que este caballero se lleva son doscientos pesos que es su valor desde que lo crearon, hasta siempre que exista sin importar lo que suceda con él. Incluso hay quienes corren para tenerlo en sus manos. Porque se busca el valor, no lo que ha ocurrido en el trayecto”. Después de eso dijo algo que vive en mi corazón y es real, él dijo: “Pero a diferencia de ese billete, Dios hace todas las cosas nuevas.”

Hubo silencio, Darío la vio nuevamente con esa mirada penetrante, como queriendo descubrir sus sentimientos y dijo:

—Montse, para mí siempre has valido lo mismo... Pero ¡Me molesta saber que tuviste que vivir todo eso! Me frustra saber que te dañaron. —terminó el comentario con rabia y luego agregó—¿Montse, por qué terminamos?

—¿Cómo? —preguntó Montse un poco confundida, primero por el cambio de asunto y luego porque ella tenía muy claros los motivos—. ¿Me preguntas en serio?

—Si, en serio, quiero que me digas realmente ¿por qué ya no querías saber nada de mí? ¿Fue porque conociste a Josué?

—¡No! Jamás. Yo te amaba para algo así. —dijo Montse muy determinada y agregó— Tú estabas saliendo con otra en ese momento ¿Te acuerdas?

—¿Qué?! —Se levantó nuevamente del sillón dejando a Montse allí sentada viéndolo con sorpresa —¿Realmente creíste siempre en ese cuento de que yo salía con otra? Porque no fue así. Nunca me dejaste hablarlo y te creíste de todos esos chismes.

—A ver... —Se levantó Montse bastante confundida también— ¿Me estás diciendo que nunca fue verdad que saliste con otra, y que nunca te vieron mis amigas con esa otra mujer?

—Mira, sé que han pasado muchos años, ya ahora no tendría caso mentir, era yo muy joven e inmaduro. —dijo Darío caminando un poco, luego volvió hacia Montse, se sentó y ella junto con él—. No sabía qué hacer, todos mis amigos salían, era sólo diversión ¿me entiendes? Parecía muy divertido. Lo que hice esas ocasiones no tiene ningún valor en mi vida, es más no recuerdo ningún detalle, sólo sé que te perdí por estupideces, pero cómo explicarte que era sólo diversión ¡era yo muy joven!

—Pero ¿Me engañaste o no? —preguntó Montse con insistencia—. Porque todo eso que me dices lo puedo entender, pero es muy diferente si tú salías con una mujer en especial.

—No Montse, no salía con nadie, no me besaba con nadie como te dijeron. Sólo salía con mis amigos, como todos a esa edad y no hice nada como para perderte, pero la gente se encargó de aumentar las historias y separarnos.

—Esto sí que me deja helada. —Se levantó Montse y caminó hacia la cocina—. O sea que perdimos todo por... ¡por inmaduros! —Sirvió dos vasos de agua, le dio uno a Darío y tomó el otro.

—Montse ¿Por qué hiciste caso de tanto chisme?

—¡No me culpes! —Soltó el vaso y caminó unos pasos.

—No, de ninguna manera. Pero esto me hace sentir enojado y frustrado. Todo se perdió por nada. —Darío la

alcanzó para verla de frente.

—Para mí era bastante. —Ella caminó hacia la sala—. Ahora lo puedo entender, pero en aquel momento... ¡me destrozaste! ¿Y ahora dices que no era nada?

—Y tú de inmediato te fuiste a casar con otro, eso sí que dolió.

—No sabía lo que estaba haciendo y créeme, pagué muy caro mi error. Pero mira, Dios es bueno y me dio dos hijas hermosas.

—Montse, por ahora necesito aire y espacio, es mejor que nos calmemos ¿Te parece si luego te busco?

—Sí es mejor... después nos vemos.

Algunos días después hubo una llamada, los ánimos se habían suavizado, Darío pudo digerir el pasado de Montse. Descubrir una verdad que había quedado divagando en el aire por más de veinte años, alcanzó a lastimar sus vidas nuevamente, pero esta vez lograron reponerse y decidieron crear una nueva historia.

—Montse ¿no sería bueno que con tus hijas y mis hijos formáramos todos, una familia? Ahora que la mamá de mis hijos ya rehízo su vida ¿no?

—¿Te acuerdas que cuando éramos jóvenes siempre habíamos pensado en tener muchos hijos?

—Ya los tenemos.

—Sí ya... seríamos una familia grande, eso me gustaría mucho, pero Darío no sé si es lo correcto.

—Lo correcto ¿para quién? Si Dios no avalara esta relación, ya no estaríamos juntos. Además, la mamá de mis hijos viaja mucho con su pareja y sé que estaría feliz de que los niños se quedaran con nosotros.

—Sí, eso sí. ¿Sabes qué? Me emociona pensarlo, pero ¿sabes que será muy difícil, verdad?

—No tiene que serlo. Cuando Dios respalda un plan, él hace que todo sea bueno y yo creo que esto puede traer mucho bien a todos... Montse, quiero invitarte a cenar mañana, te voy a llevar a un lugar muy especial ¿Puedes?

—Claro que puedo ¿es un lugar elegante, sencillo?

—No te preocupes por eso, arréglate como quieras, tú siempre estás hermosa.

—¡No me has visto recién levantada! —se rió.

—No, todavía no, pero me urge.

—Cállate

—Paso por ti a las siete.

A las siete en punto del día siguiente, Darío estaba tocando el timbre de su casa. Cuando Montse abrió la puerta quedó sorprendida porque Darío vestía un traje y él nunca viste de traje.

—Te ves guapísimo. Me transporté al día que mis papás cumplieron veinticinco años de casados y te pusiste un traje frac ¿Te acuerdas? Ahora te ves igual de guapo, siempre te recordé así.

—Montse, este día es muy especial y me da gusto que así lo percibas... nunca olvides este momento. —la besó.

—Pásate, en un momento estoy contigo, dame unos minutos.

Darío estaba muy nervioso porque había preparado este día casi durante un mes. Montse no sospechaba nada y guardar el secreto había sido muy difícil para todos.

—Listo querido, nos podemos ir.

—¡Vaya! Qué hermosa te ves. Ven acá, te quiero abrazar.

—¿No me vas a preguntar por mis hijas? ¿No te parece raro que no estén?

—Ah sí y ¿a dónde fueron?

—Me pidió mi mamá que las dejara ir a dormir a su casa, eso estuvo excelente, ¿no crees?

—Bueno, que bien así podemos llegar más tarde, vámonos ya.

—¿Estás nervioso o algo así?

—No ¿Por qué?... vámonos Montse se va hacer tarde.

Darío se dirigió rumbo al restaurante del club de golf, durante el camino iba muy callado, pero era la expectativa de los próximos acontecimientos.

—Vas muy serio ¿a dónde vamos? Ya me estas poniendo nerviosa.

—No, para nada, no te preocupes, vamos aquí cerca, de

hecho vamos al club de golf. Allí reservé un lugar especial para este día.

—¿Ah sí? ¿Y por qué tan especial la ocasión?

—Falta un mes para que se cumpla un año que estamos juntos y quise adelantar el festejo ¿No se puede?

—¿Así que estamos de festejo hoy?

—Bueno, ya llegamos... me estaciono y bajamos.

Bajaron del auto, caminaron rumbo al club y en la entrada del restaurante los esperaba un anfitrión que dijo:

—Acompañenme por acá por favor. —Los dirigió hacia un salón privado, cuando se abrieron las puertas Montse quedó estupefacta.

—¿Qué es esto? ¿Qué hacen todos aquí? Hoy no es mi cumpleaños ¿o sí? —Y es que dentro había una gran reunión. Todos los hermanos de Darío, sus hijos y su mamá, los hermanos de Montse, sus hijas y su mamá, todos estaban allí, todos muy elegantes.

La música de un cuarteto sonaba suavemente, el salón era pequeño pero lleno de elegancia, al fondo del salón había unos ventanales con vista al lago que se encuentra junto al campo de golf.

Darío tomó las manos de Montse y dijo:

—Montse, esta es nuestra cena de compromiso, le voy a pedir a tu mamá que me de tu mano. Quería que fuera sorpresa ¿te gusta?

—Debo de estar soñando, estoy encantada, gracias. Darío te amo. —lo abrazó con fuerza, algunas lágrimas se escaparon de sus ojos.

Saludaron a todos, a Montse se le escurría una que otra lágrima, después Darío tomó el micrófono.

—Como todos ustedes saben, este es un gran día para Montse y para mí. A los que no creen en milagros y vidas transformadas, sólo les digo: Volteen a vernos ¡Sí es posible!

Señora Nohemí, quiero decirle que después de toda esta historia que se escribió, vemos la victoria. Hay amores que desaparecen, pero el amor que Montse y yo nos tenemos, sobrepasó todo, es más fuerte que nosotros mismos. Por eso quiero pedirle con todo respeto, que me conceda la mano de su hija. La familia que ahora formaremos ya está hecha, mis hijos y sus hijas aquí presentes, todos seremos una gran familia.

Soltó el micrófono, se acercó a Montse y frente a todos le dijo:

—Montse ¿te casas conmigo? —extendió su mano y le entregó un anillo de compromiso.

—Por supuesto que acepto. —extendió su mano para que le pusiera el anillo. Todos aplaudieron, la música comenzó a tocar y ellos se besaron.

¡Seis meses después hubo una gran boda!



*XII*

*DICIEMBRE 2005*

Terminó de arreglar su casa con todos los adornos de navidad, un aire de felicidad y renovación se respiraba en esa casa. Montse había vuelto en sí y cantaba, disfrutaba cada una de las cosas que hacía. Después de bañarse Montse se arregló y como algo especial para recordar ese día, tomó un portarretratos que tenía guardado y le acomodó aquella fotografía que la volvió a la realidad de su persona, aquella fotografía en la que se encontró a sí misma y con la que decidió retomar el camino perdido, luego pensó:

“Ahora sí creo que mi vida tomará un nuevo rumbo. Estoy segura porque me siento diferente, soy diferente. Ahora soy quien siempre debí de haber sido.”

Hizo la comida, dispuso su computadora y comenzó a escribir:

—Voy a escribir una historia que quizá pueda ayudar a algunas personas. —pensó Montse— No será un ejemplo heroico, ni mucho menos, sino una simple experiencia vivida, para que otras personas sean capaces de ser valientes, y digan “basta” cuando los límites sobrepasan la dignidad humana.

Montse comenzó con un monólogo para sí misma, pensando en lo que podría escribir:

“Creo que resulta muy destructivo que una persona tome

el papel de víctima... Si yo hubiera sido más firme y determinada con Josué, quizá él se hubiera detenido en causar tanto daño a su alrededor, pero la verdad es que ni sus padres lograron detenerlo nunca.

Lo que sí me queda claro, es que nadie debe alargar la agonía del sufrimiento con la tonta idea de sostener algo que ya está destruido. ¿Cuántas veces pude haber terminado esta historia? Y al contrario continué en ella... casi hasta la locura. Quizá hace mucho hubiera comenzado una nueva historia normal y feliz.

Cuando uno cierra la puerta del caos, el universo entero conspira para que quede sellada y nunca más se vuelva abrir, e indudablemente se abre otra hacia la felicidad.

Es una realidad que en la medida que dejemos el pasado atrás, nos extendemos hacia adelante como alcanzando la vida. Allí uno tiene que hacer el mayor esfuerzo posible: <<dejando atrás el pasado y extenderse hacia adelante. >>

Es muy posible que Dios nos tenga preparada una gran sorpresa para el futuro, que perderemos sino arreglamos el presente, porque las decisiones de hoy determinarán nuestro futuro.

Necesitamos perdonar y amar para tomar decisiones que edifican y así soltar todo lo destructivo. Cuando uno trabaja para amarse a sí mismo, las bendiciones comienzan a llegar y las puertas se abren hacia el cumplimiento de lo que Dios ha preparado para cada uno.

Mis hijas son mi gran consuelo, ellas hacen que todo valga la pena... y claro... sin todo este camino, tal vez nunca hubiera

llegado a conocer a Dios como hoy lo conozco.

Sentirse libre, luego de reconocer las cadenas con las que se caminó por mucho tiempo, es un sentimiento muy, muy agradable.”

A la hora de la comida, sus hijas llegaron a casa. Montse dejó de escribir y saludó a ambas con una gran sonrisa, las abrazó fuertemente y las tres entraron a un nuevo hogar, ese día era diferente para Montse, pero en realidad todo era como de costumbre.

—Paula, súbete a cambiar, Marisol ayúdame a poner la mesa.

—No mamá, ayer la puse yo, le toca a Paula. —replicó Marisol.


—Pero yo la quité, —gritó Paula desde su cuarto—. Dile a Marisol que ella la ponga y yo la quito.

Montse suspiró: —Ya vénganse a comer.

Paula y Marisol llegaron a la mesa para acomodar los platos y servir la comida, se sentaron a comer y platicaron de la escuela y los amigos. Montse las escuchaba con un ánimo diferente, pero ellas no lo notaron.

Montse sonrió porque ahora sí estaba segura que el tiempo del baile había llegado a su vida. ¡Ya era tiempo de cantar!

Fin.



*“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.”*

*(Hebreos 11:1)*

Romanos 10:9-13

*“Esta es la palabra de fe que predicamos: <sup>9</sup>que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. <sup>10</sup>Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación. <sup>11</sup>Pues la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado. <sup>12</sup>Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; <sup>13</sup>porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”*

Esta es una historia basada en hechos reales y así como Dios transformó la vida de una mujer, puede transformar la tuya también.

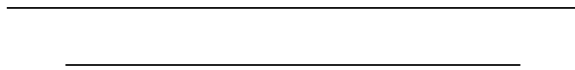
Quiero invitarte hacer una oración, allí en donde te encuentres en este momento, es una oración para que declares que Jesucristo es tu Salvador y a partir de hoy él reine en tu vida.

Te quiero preguntar ¿Tú crees que Jesucristo es el hijo único de Dios y dejando su condición de Dios, nació como un hombre para morir por ti? ¿Crees que Jesucristo resucitó de entre los muertos para darnos vida y ahora está sentado a la derecha del Padre, vivo? Si respondiste a todo que sí, entonces repite con todo

tu corazón y en voz alta lo siguiente:

“Señor Jesús, el día de hoy te reconozco como mi Señor y Salvador, estoy arrepentido de todos mis pecados y te pido perdón, ven a mi corazón y límpiame. Yo creo que moriste por mí en esa cruz y que por tu sangre seremos salvos yo y todos los de mi casa, amén”

¡Hay fiesta en el cielo! Tu nombre se ha escrito en el libro de la vida (Lucas 10:20), busca una biblia y ten una relación con Dios a través de su Santa Palabra, a partir de hoy él está contigo como nunca antes. Háblale y pídele que te hable.



¡Tu opinión es importante!

Escríbenos un email a: **[gabyifr7@gmail.com](mailto:gabyifr7@gmail.com)**

**Conócenos mejor en:**

[www.facebook.com/librosdegabyfalcon](http://www.facebook.com/librosdegabyfalcon)

Twitter: [@gabyfalconr](https://twitter.com/gabyfalconr)

[librosdegabyfalcon.blogspot.mx](http://librosdegabyfalcon.blogspot.mx)

Búscanos en: [www.youtube.com](http://www.youtube.com)  
como Gaby Falcón Escritora

Visítanos en:

[www.librosgabyfalcon.mex.tl](http://www.librosgabyfalcon.mex.tl)

## Otros títulos de la autora

De venta también en: [www.amazon.com](http://www.amazon.com)

